

Amor Redentor

— UNA NOVELA —

FRANCINE
RIVERS



Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois

Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet: www.tyndaleespanol.com

TYNDALE y la pluma del logotipo de Tyndale son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Amor Redentor: Una Novela

© 2007 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Imagen de la cubierta © por Steve Gardner, pixelworksstudio.net. Todos los derechos reservados.

Diseño por Jennifer Ghionzoli

Traducción al español: Adriana Powell y Omar Cabral

Edición del español: Mafalda E. Novella

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Versión Internacional®. NVI®.

© 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Algunos versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, Reina-Valera Antigua.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, incidentes, escenarios y diálogos son ficticios, producto de la imaginación de la autora, y no intentan representar lugares específicos o personas vivientes o fallecidas. Cualquier semejanza es accidental y fuera de la intención de la autora o de la casa editorial.

Publicado en 1997 como *Redeeming Love: A Novel* por Multnomah Publishers, Inc.

ISBN-10: 1-59052-513-2 ; ISBN-13: 978-1-59052-513-5.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Rivers, Francine, date.

[Redeeming love. Spanish]

Amor redentor : una novela / Francine Rivers.

p. cm.

ISBN-13: 978-1-4143-1727-4 (sc : alk. paper)

ISBN-10: 1-4143-1727-1 (sc : alk. paper) 1. Prostitutes—Fiction. 2. Frontier and pioneer life—Fiction. 3. San Francisco (Calif.)—Fiction. I. Title.

PS3568.I83165R5818 2007

813'.54—dc22

2007036090

Impreso en los Estados Unidos de América

13 12 11 10 09 08 07
7 6 5 4 3 2 1

RECONOCIMIENTOS

Con agradecimiento especial a mi editora, Karen Ball, por creer en este libro y por su ayuda en redimirlo para el lector cristiano.

“Aquel de ustedes que esté libre de pecado,
que tire la primera piedra.”

JESÚS, JUAN 8:7

*Hija de la
Oscuridad*

Prólogo

El príncipe de la oscuridad es un caballero.

SHAKESPEARE

NUEVA INGLATERRA, 1835

Alejandro Stafford era tal cual Mamá lo había dicho. Era alto y moreno, y Sara nunca había visto a nadie tan hermoso. Hasta con sus polvorientas ropas de montar y el cabello húmedo de transpiración, era como esos príncipes de los cuentos que Mamá le contaba. El corazón de Sara latía con orgullo y un gozo salvaje. Ninguno de los otros padres que hubiera visto se comparaba con él.

Cuando él la miró con esos ojos oscuros, su corazón cantó. Ella estaba usando su mejor vestido azul y un delantal blanco, y Mamá le había trenzado el cabello con moños rosados y azules. ¿Le gustaba a Papá cómo lucía ella? Mamá había dicho que el azul era su color favorito, pero ¿por qué no sonreía él? ¿Estaba poniéndose inquieta? Mamá le había dicho que se pusiera derecha, que se mantuviera en silencio y que se comportara como una dama. Dijo que a él le agradaría eso. Pero no parecía contento para nada.

—¿Acaso no es hermosa, Alejandro? —dijo Mamá. Su voz sonaba extraña, tensa, como si se estuviera ahogando—. ¿No es la niña más bonita que jamás hayas visto?

Sara vio la molestia en los ojos oscuros de Papá. No parecía feliz sino enojado, como Mamá cuando Sara hablaba mucho o hacía demasiadas preguntas.

—Apenas unos minutos —pidió Mamá rápidamente. Con demasiada rapidez. ¿Tenía miedo? ¿Por qué—? Eso es todo lo que pido, Alejandro. Por favor. Será muy importante para ella.

Alejandro Stafford bajó la mirada hacia la niña. Apretaba fuertemente la boca y la estudiaba en silencio. Sara quedaba tan quieta como podía. Esa mañana se había mirado en el espejo durante mucho tiempo y sabía lo que él estaba viendo. Tenía la barbilla y la nariz de su padre, el cabello rubio y la piel clara de su madre. Sus ojos también eran como los de su mamá, aunque parecían más azules. Sara quería que Papá pensara que era bonita y levantó la mirada hacia él esperanzadamente. Pero la mirada de él no era amable.

“¿El azul lo elegiste a propósito, Marisol?” Las palabras de Papá sobresaltaron a Sara. Sonaban frías y airadas. “¿Para realzar el color de sus ojos?”

Sara no pudo evitarlo, miró a su madre —y su corazón se derrumbó. El rostro de Mamá estaba lleno de dolor. Alejandro miró hacia el vestíbulo.

“¡Claudia!” llamó.

—No está aquí —dijo Mamá en voz baja, manteniendo su cabeza en alto—. Le di el día libre.

Los ojos de Papá parecieron ensombrecerse más aún.

—¿Eso hiciste? Bien, ahora eso te pone en un aprieto, ¿verdad, querida?

Mamá se puso tensa, se mordió el labio y miró a Sara. ¿Qué estaba mal? se preguntaba Sara con tristeza. ¿Papá no estaba feliz de verla? Ella había estado muy entusiasmada porque finalmente iba a poder encontrarse con él, al menos por un momento. . . .

—¿Qué quieres que haga? —Las palabras de Mamá iban dirigidas directamente hacia Papá, por lo tanto Sara permaneció en silencio, expectante.

—Mándala que se marche. Ella sabrá cómo encontrar a Claudia, me imagino.

A Mamá le aparecieron unas manchas rosadas en las mejillas. —¿Qué quieres decir, Alejandro? ¿Qué recibo a otros en tu ausencia?

Sara dejó de sonreír, confundida; se hablaban con tanta frialdad. Ninguno de los dos la miraba. ¿Se habían olvidado que estaba allí? ¿Qué era lo que estaba mal? Mamá estaba perturbada. ¿Por qué Papá se mostraba tan enojado porque Claudia no estaba en la casa?

Sara los miró, mordiéndose el labio. Acercándose, tironeó del abrigo de su padre.

—Papá . . .

—No me llames así.

Sara parpadeó, asustada y confundida por esa reacción. Él *era* su papá. Mamá así lo había dicho. Le traía regalos cada vez que venía y Mamá se los entregaba. Tal vez estaba enojado porque ella nunca se los había agradecido.

—Quiero agradecerte los regalos que . . .

—Espera, Sara —le dijo su madre rápidamente—. Ahora no, querida. Papá le lanzó una mirada terrible.

—Déjala hablar. Es lo que querías, ¿no? ¿Por qué la haces callar ahora, Marisol?

Mamá se acercó y puso su mano sobre el hombro de Sara, que pudo sentir cómo le temblaban los dedos, pero ahora Papá se había inclinado hacia Sara, sonriendo.

“¿Cuáles regalos?” le preguntó.

Él era muy apuesto, tal como Mamá le había contado. Estaba orgullosa de tener un padre así.

—Dime, pequeña.

—Me encantan los caramelos que me traes —dijo Sara, sintiéndose orgullosa y emocionada de captar su atención—. Pero el regalo que más me gusta es el cisne de cristal.

Volvió a sonreír con la alegría de que Papá la escuchara con tanta atención. Él también le sonrió, aunque Sara no estaba segura de que le gustara esa sonrisa. Fue breve y tensa.

—Ya lo creo —dijo y se enderezó. Miró a Mamá—. Estoy tan complacido de saber lo mucho que significan mis regalos.

Sara levantó la mirada hacia su padre, conmovida por su aprobación.

—Lo puse en la repisa de mi ventana. El sol brilla a través de él y hace que los colores bailen en la pared. ¿Te gustaría verlo? —Le tomó la mano. Cuando él la retiró de un tirón, ella parpadeó, herida, sin entender.

Mamá se mordió el labio y tendió una mano hacia Papá; luego, de repente, se detuvo. Volvía a parecer asustada. Sara los miró a ambos, esforzándose por entender. ¿Qué había hecho de malo? ¿Papá no estaba contento de que a ella le gustaran sus regalos?

—Así que le das mis regalos a la niña —dijo Papá—. Es bueno saber cuánto significan para ti.

Sara se mordió el labio por la frialdad en la voz de Papá, pero antes de que pudiera hablar, Mamá le tocó suavemente el hombro.

—Querida, sé una buena niña y ve a jugar afuera.

Sara miró hacia arriba, afligida. ¿Había hecho algo malo?

—¿No puedo quedarme? No hablaré.

Mamá no podía responder. Sus ojos estaban húmedos y miraba a Papá. Alejandro se inclinó hacia Sara.

—Quiero que vayas a jugar afuera —le dijo en voz baja—. Quiero hablar a solas con tu mamá. —Le sonrió y le dio una palmadita en la mejilla.

Sara sonrió encantada. Papá la había tocado; no estaba enojado en absoluto. ¡Él la amaba! Era como Mamá le había dicho.

—¿Puedo volver cuando hayan terminado de conversar?

Papá se puso tenso.

—Tu madre te buscará cuando haya terminado. Ahora, márchate, como se te ordenó.

—Sí, Papá. —Sara quería quedarse, pero más quería complacer a su padre.

Salió del salón, brincando a través de la cocina hacia la puerta posterior. Juntó algunas margaritas de las que crecían en el cantero del jardín junto a la puerta y se dirigió al enrejado de rosas. Arrancando los pétalos, decía: “Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere. . . .” Al llegar a la esquina, guardó silencio. No quería molestar a Mamá y a Papá. Lo único que deseaba era estar cerca de ellos.

Sara soñaba. A lo mejor Papá la subiría sobre sus hombros. Se preguntaba si la sacaría a dar un paseo en su gran caballo negro. Tendría que cambiarse de vestido, desde luego. Él no querría que se ensuciara. Deseaba que le hubiera permitido sentarse en su regazo mientras él conversaba con Mamá. Eso le hubiera gustado mucho y no los habría molestado.

La ventana de la sala estaba abierta y pudo oír las voces. A Mamá le encantaba que el perfume de las rosas llenara la sala. Sara decidió sentarse y escuchar a sus padres. De esa manera podría saber en qué momento quería Papá que volviera. Si se quedaba muy quietecita, no los molestaría y lo único que Mamá tendría que hacer sería asomarse y decir su nombre.

—¿Qué esperabas que hiciera, Alejandro? Nunca pasas un minuto con ella. ¿Qué iba a decirle? ¿Que a su padre no le interesa? ¿Que él desearía que ella nunca hubiera nacido?

Sara se partió los labios. ¡*Niégallo, Papá, niégalo!*

—Traje ese cisne de Europa para *ti* y tú lo malgastas en una niña que no tiene noción de su valor. ¿Le diste las perlas también? ¿Qué pasó con la caja de música? ¡Supongo que también la tiene ella!

Las margaritas temblaron en las manos de Sara. Se sentó en el suelo, sin importarle su hermoso vestido. El latido salvaje y feliz de su corazón se desaceleró. En su interior todo parecía descender como en una espiral con cada palabra que escuchaba.

—Alejandro, por favor, no veo nada de malo en ello. Quise facilitar las cosas. Esta mañana me preguntó si ya tenía suficiente edad como para cono-
certe. Me lo pregunta cada vez que sabe que vendrás. ¿Cómo podía volver a

decirle que no? No tuve valor para hacerlo. Ella no comprende tu abandono, ni yo.

—Tú sabes lo que siento por ella.

—¿Cómo puedes saber lo que sientes? Ni siquiera la conoces. Es una niña hermosa. Es inteligente, encantadora y no le teme a nada. Se parece a ti en tantas cosas. Ella es una *persona*, Alejandro. No puedes ignorarla para siempre. Es tu hija. . . .

—Ya tengo suficientes hijos con mi esposa. Hijos legítimos. Te dije que no quería otro.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo es posible que no ames a alguien de tu propia sangre?

—Desde el principio te dije lo que pensaba, Marisol, pero no me escuchaste. Nunca tendría que haber nacido, pero tú quisiste hacerlo a tu manera.

—¿Crees que yo quería quedar embarazada? ¿Crees que yo me propuse tenerla?

—Me lo he preguntado a menudo. Especialmente cuando te sugerí una manera para salir de esta situación y te negaste. El médico al que te envié habría solucionado todo este embrollo. Él te habría librado del asunto.

—No podía hacerlo, Alejandro. ¿Cómo podías esperar que matara a mi propio bebé que aún no había nacido? ¿No lo entiendes? Es un pecado mortal.

—Has perdido demasiado tiempo en la iglesia —dijo él burlescamente—. ¿Alguna vez se te ocurrió pensar que no tendrías los problemas que tienes ahora si te hubieras deshecho de ella de la manera que te dije? Hubiera sido fácil. Pero fuiste débil.

—¡Yo la quería! —dijo ella descorazonada—. Era una parte de ti, Alejandro, y una parte mía. Yo la quería, aun si tú no deseabas tenerla. . . .

—¿Es ese el verdadero motivo?

—Me estás lastimando, Alejandro.

Sara se estremeció mientras algo se hacía añicos en su interior.

—¿Ese es el verdadero motivo, Marisol? ¿O la tuviste porque pensabas que el tener un hijo mío te daría un poder sobre mí que de otra manera no tendrías?

—¡No puedes pensar eso! —Ahora Mamá estaba llorando—. Pero es lo que crees, ¿no? Eres un tonto, Alejandro. ¡Ay, qué he hecho! ¡Dejé todo por ti! Mi familia, mis amigos, mi amor propio, todo aquello en lo que creía, todas mis esperanzas . . .

—Yo te compré esta casa. Te doy más dinero del que necesitas.

—¿Te das una idea de lo que es para mí caminar por las calles de este pueblo? —dijo Mamá, levantando la voz—. Tú vas y vienes cuándo y cómo te place. Y saben quién eres tú y qué soy yo. Nadie me mira. Nadie me habla. Sara también lo siente. Una vez me preguntó al respecto y le contesté que éramos diferentes a los demás. No sabía qué más decirle. —Se le quebró la voz—. Es probable que vaya al infierno por haberme convertido en esto.

—Estoy harto de tu sentimiento de culpa y de escuchar hablar de esa niña. Estás arruinando todo lo que hay entre nosotros. ¿Recuerdas lo felices que éramos? Jamás discutíamos. Ansiaba el momento de venir aquí, para estar contigo.

—No . . .

—¿Y cuánto tiempo he podido estar hoy contigo? ¿El suficiente? Lo gastaste todo en ella. Te dije lo que pasaría, ¿no? ¡Ojalá ella nunca hubiera nacido!

Mamá gritó un insulto terrible. Se escuchó un estrépito. Aterrorizada, Sara se puso de pie y corrió. Atravesó los rosales, cruzó el jardín y entró al sendero que conducía a la fuente. Corrió hasta que no pudo más. Jadeante, con sus mejillas ardiendo, se dejó caer en la hierba alta; sus hombros se sacudían por los sollozos y su rostro estaba surcado por las lágrimas. Escuchó que un caballo galopaba hacia ella. Se arrastró hacia un lugar donde pudiera esconderse mejor y divisó en la distancia a su padre, que se alejaba en su gran caballo negro. Hundió la cabeza y se acurrucó llorando, esperando que Mamá viniera a buscarla.

Pero Mamá no vino ni la llamó. Después de un rato, Sara caminó de regreso a la cabaña y se sentó junto a los viñedos en flor, esperando un rato más. Cuando Mamá llegó, Sara se había secado las lágrimas y había quitado el polvo de su hermoso vestido. Todavía temblaba por lo que había escuchado.

Mamá estaba muy pálida; tenía los ojos apagados y enrojecidos. Había una marca azul en el costado de su rostro que había intentado cubrir con maquillaje. Le sonrió, pero no era una sonrisa como las que solía tener.

—¿Dónde has estado, querida? Hace rato que estoy buscándote. —Sara sabía que no era verdad. Había estado esperándola. Mamá lamíó su pañuelo de encaje y limpió una mancha en la mejilla de Sara—. Tu padre tuvo que salir de prisa por negocios.

—¿Volverá? —Sara tenía miedo. No quería verlo nunca más. Él había lastimado a Mamá y la había hecho llorar.

—Tal vez no por un largo tiempo. Habrá que esperar. Él es un hombre

muy importante y ocupado. —Sara no dijo nada y su mamá la levantó, apretándola contra su pecho—. Todo está bien, cariño. ¿Sabes qué haremos? Volveremos a la cabaña y nos cambiaremos de ropa. Luego prepararemos un picnic e iremos al riachuelo. ¿Te gustaría eso?

Sara asintió y pasó sus brazos alrededor del cuello de Mamá. Le temblaba la boca y trató de no llorar. Si lo hacía, Mamá podría adivinar que había estado escuchando a escondidas y ella también se enojaría.

Mamá la abrazó con fuerza, ocultando su rostro en el cabello de Sara. “Nos arreglaremos. Ya lo verás, cariño. Podremos. *Sí, podremos.*”

Alejandro no regresó, y Mamá adelgazó y se puso pálida. Se quedaba en cama hasta tarde y cuando se levantaba no deseaba hacer las prolongadas caminatas que hacía antes. Cuando sonreía, sus ojos ya no se le iluminaban. Claudia decía que necesitaba comer más. Claudia decía muchas cosas, sin tener cuidado de que Sara estuviera cerca y pudiera escucharla.

—Todavía le envía dinero, señorita Marisol. Eso es algo.

—No me interesa el dinero. —A Mamá se le humedecían los ojos—. Nunca me importó.

—Le importaría si no lo tuviera.

La niña trataba de levantarle el ánimo llevándole ramos de flores. Encontraba piedras bonitas, las lavaba y se las entregaba como obsequio. Mamá siempre le sonreía y agradecía, pero no había brillo en su mirada. Sara cantaba las canciones que Mamá le había enseñado, tristes baladas irlandesas y algunos cánticos religiosos en latín.

—Mamá, ¿por qué ya no cantas? —le preguntó Sara, trepándose a la cama junto a ella y colocando su muñeca entre las mantas arrugadas—. Te sentirás mejor si cantas.

Mamá peinaba lentamente su largo cabello rubio. —No tengo muchas ganas de cantar, querida. Mamá tiene muchas cosas en la cabeza en este momento.

Sara sentía una pesadez que crecía en su interior. Todo era culpa de ella. Su culpa. Si ella no hubiera nacido, Mamá sería feliz. —¿Volverá Alejandro, Mamá?

Mamá la miró, pero a Sara ya no le importó. Ya nunca volvería a decirle Papá. Había lastimado a Mamá y la había puesto triste. Desde que él se había ido, Mamá apenas le prestaba atención. Sara había escuchado a Mamá diciéndole a Claudia que el amor no era una bendición sino una maldición.

Sara miró el rostro de Mamá y se le encogió el corazón. Se veía tan triste.

Otra vez sus pensamientos estaban muy lejos y Sara sabía que estaba pensando en él. Mamá deseaba que él regresara. Por las noches, Mamá lloraba porque él no volvía. Mamá apretaba su rostro contra la almohada, pero Sara podía oír sus sollozos.

Se mordió el labio y bajó la cabeza, jugando distraídamente con su muñeca. —¿Qué pasaría si me enfermara y muriera, Mamá?

—No te enfermarás —respondió Mamá, mirándola. Le sonrió—. Eres demasiado pequeña y sana como para morir.

Sara observaba cómo su madre se cepillaba el cabello. Era como un rayo de sol cayendo sobre sus pálidos hombros. Mamá era tan hermosa. ¿Cómo podía no amarla Alejandro? —Pero si me ocurriera, ¿él volvería y se quedaría contigo?

Mamá se quedó callada. Se dio vuelta y miró a Sara, y la mirada de horror en sus ojos la asustó. No debería haber dicho eso. Tal vez ahora Mamá adivinaría que ella los había escuchado discutir. . . .

—Ni siquiera lo pienses, Sara.

—Pero . . .

—¡No! No vuelvas a preguntarme algo así. ¿Entiendes?

Mamá nunca antes le había levantado la voz y Sara sintió que le temblaba el mentón. —Sí, Mamá.

—Nunca más —dijo Mamá con dulzura—. Prométemelo. Nada de esto tiene que ver contigo, Sara. —Mamá se acercó para abrazarla y la acarició tiernamente—. Te amo, Sara. ¡Te amo tanto! Te amo más que a nadie en todo el mundo.

Excepto a él, pensó Sara. *Excepto a Alejandro Stafford*. ¿Qué pasaría si él volvía? ¿Qué sucedería si obligaba a Mamá a elegir? ¿Qué haría Mamá entonces?

Con miedo, Sara se aferró a su madre y rogó que él se mantuviera lejos.

Un hombre joven llegó para ver a Mamá.

Sara vio que su madre hablaba con él mientras ella jugaba con su muñeca al lado de la chimenea. Las únicas personas que venían a la cabaña eran el señor Pennyrod, que traía la leña, y Roberto. A Roberto le gustaba Claudia. Trabajaba en el mercado y hacía bromas hablando de filetes o succulentas piernas de cordero. Claudia se reía de él, pero a Sara no le parecía gracioso. Usaba un delantal blanco sucio y manchado de sangre.

El joven le dio una carta a Mamá, pero ella no la abrió. Le sirvió té y le dio las gracias. Él no dijo mucho más después de eso, a excepción de hablar

sobre el clima y lo bonito que estaba el jardín de Mamá. Dijo que era un largo viaje desde la ciudad. Mamá le convidó galletas dulces.

Era evidente que algo andaba mal. Mamá estaba sentada demasiado erguida y hablaba suavemente.

—Es una niña bonita —dijo el hombre y le sonrió. Sara volvió a mirar hacia abajo, avergonzada y temerosa de que Mamá la echara de la habitación porque el hombre se había dado cuenta de que ella estaba allí.

—Sí, lo es. Gracias.

—Se parece a usted. Hermosa como el amanecer.

Mamá le sonrió a Sara. —Sara, ¿por qué no vas afuera y cortas algunas flores para la mesa?

Sara tomó su muñeca y salió sin decir una palabra; quería complacer a su mamá. Tomó un cuchillo afilado del cajón de la cocina y salió al jardín florido. Las que más le gustaban a Mamá eran las rosas. Sara agregó amapolas, margaritas y malvones, hasta llenar su canasta de mimbre.

Cuando volvió a entrar, el muchacho se había marchado. La carta estaba abierta sobre la falda de Mamá. Los ojos le brillaban y sus mejillas habían tomado un agradable color. Sonrió mientras plegaba la carta y la escondía en la manga de su vestido. Se puso de pie y se acercó a Sara, levantándola y haciéndola dar vueltas alegremente.

—Gracias por traer las flores, querida. —Y le dio un beso. Cuando Mamá la bajó, Sara dejó la canasta sobre la mesa.

—Me encantan las flores —agregó Mamá—. Son hermosas, ¿verdad? ¿Por qué no las arreglas ahora? Yo tengo que buscar algo en la cocina. ¡Ay, Sara! Es un día hermoso, maravilloso, ¿no te parece?

Era un día lamentable, pensó Sara, mientras la miraba alejarse. Se sentía aterrorizada. Bajó con cuidado el gran florero, lo llevó afuera y tiró las flores marchitas en el abono. Bombeó agua fresca y la vertió dentro del florero. Se salpicó el vestido mientras volvía a ponerlo en la mesa. No les cortó los tallos ni les quitó las hojas. No le importaba cómo lucieran y sabía que Mamá ni siquiera se daría cuenta.

Alejandro Stafford estaba de regreso.

Mamá volvió al salón con Claudia.

“Ay, querida, tengo la noticia más maravillosa. Claudia irá a la playa esta semana y quiere llevarte con ella. ¿No es magnífico?”

El corazón de Sara latía con fuerza y rapidez.

—¿No es dulce de su parte? —prosiguió Mamá entusiasmada—. Tiene un amigo que administra una posada y al que le caen bien las niñas.

La sonrisa de Claudia era tensa y fría. Sara miró a su madre.

—No quiero ir, Mamá. Quiero quedarme contigo.

Sabía que Mamá la estaba sacando del medio porque su padre no la quería. Tal vez Mamá tampoco la quisiera.

—Tonterías —rió Mamá—. Este es el único lugar que conoces y necesitas ver algo del mundo. Te gustará el mar, Sara. Es precioso, y puedes sentarte en la arena a escuchar el sonido de las olas. Puedes hacer castillos y juntar caracoles. Ya verás cuando la espuma te haga cosquillas en la punta de los pies.

Mamá parecía viva otra vez. Sara sabía que era por la carta. Alejandro debía haberle escrito a Mamá que iría a visitarla. Ella no querría otra escena como la anterior, así que lo que estaba haciendo era sacarla de allí. Observó el rostro efusivo de su madre con el alma encogida.

“Ahora, querida, prepárate para viajar.”

Sara la vio guardar y empacar cosas en un bolso tejido. Mamá no veía la hora de deshacerse de ella. —¿Dónde está tu muñeca? —le preguntó, buscando alrededor—. Querrás llevarla contigo.

—No.

—¿Por qué no? Nunca estás sin tu muñeca.

—Ella quiere quedarse en casa contigo.

Mamá frunció el ceño, pero no le hizo caso ni cambió de parecer.

Claudia volvió para buscar a Sara y juntas caminaron las dieciséis cuadras hasta el pueblo. Claudia compró los pasajes en el mismo momento en que llegó la diligencia. El conductor se encargó de los bolsos; Claudia y Sara subieron al coche. Cuando la criada subió, se sentó frente a ella y le sonrió. Sus ojos castaños estaban llenos de brillo. “Vamos a vivir una aventura, Sara.”

Sara quería saltar del vehículo y correr a casa para estar con Mamá, pero ella la enviaría otra vez con Claudia. Cuando los caballos se pusieron en marcha, Sara se apoyó en la ventanilla, dejando que su mirada se perdiera en la distancia a medida que las casas familiares se alejaban. La diligencia traqueteó sobre el puente y siguió viaje por un camino arbolado. Muy pronto, Sara perdió de vista todo lo que le era familiar y se reclinó contra su asiento. Cuanto más se alejaban, más desolada se sentía.

“Nos alojaremos en el hotel Los Cuatro Vientos,” dijo Claudia, complacida de que Sara pareciera dispuesta a mantenerse en silencio. Probablemente había esperado que la niña hiciera un alboroto. Tal vez lo habría hecho, si creyera que eso haría cambiar de parecer a Mamá. Jamás se había alejado de ella más que unas pocas horas. Pero Sara sabía que eso no cambiaría las

cosas. Alejandro Stafford estaba llegando, así que ella tenía que irse. Se sentó, callada y solemne.

“Tienen buena comida y las habitaciones son decentes,” le decía Claudia. “Y estaremos cerca del mar. Puedes pasear por un caminito cubierto de hierba y llegar a los acantilados. Las olas golpean contra las rocas. Es un sonido maravilloso y el aroma del aire salado es lo mejor que hay.”

Lo mejor que hay . . .

A Sara le gustaba su casa y el jardín florido que había detrás de la cabaña. Le gustaba sentarse junto al manantial con Mamá, con los pies desnudos colgando en el agua del riachuelo.

Luchando por contener sus lágrimas, volvió a mirar por la ventanilla. Le picaban los ojos y la garganta se le puso áspera por el polvillo del camino. Las horas pasaron lentamente; el fuerte golpeteo de los cascos de los caballos le hacía doler la cabeza. Estaba cansada, tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos, pero cada vez que los cerraba, el coche se sacudía o seladeaba abruptamente y se despertaba asustada.

El cochero detuvo la diligencia una vez para cambiar de caballos y hacer algunos arreglos menores. Claudia llevó a Sara a la letrina. Cuando Sara salió, no encontró a Claudia por ninguna parte. Corrió hacia la diligencia, luego a los establos y por último al camino, llamando a Claudia a gritos.

—¡Basta de gritar! Santo cielo, ¿de qué se trata todo este alboroto? —dijo Claudia, dándose prisa por llegar hasta ella—. Cualquiera pensaría que eres un pollo sin cabeza por la manera en que estabas corriendo. . . .

—¿Dónde estabas? —reclamó Sara, con las lágrimas corriéndole por las mejillas—. ¡Mamá dijo que teníamos que estar juntas!

Claudia arqueó las cejas. —Bueno, discúlpeme, su señoría, pero estaba tomando una cerveza. —Se inclinó hacia la niña y le tomó la mano, llevándola de regreso al edificio de la estación.

La esposa del gerente de la estación estaba de pie en la entrada, secándose las manos. —¡Qué niña preciosa! —dijo, sonriéndole a Sara—. ¿Tienes hambre, encanto? Queda tiempo para una cazuela de estofado de carne.

Sara bajó la mirada, tímida bajo el escrutinio de la mujer. —No gracias, señora.

—Y es bien educada, también —dijo la señora.

—Date prisa, Sara —le dijo Claudia, dándole un codazo para que entrara.

La señora le dio una palmadita en la espalda, acompañándola a una mesa. —Tienes que ponerle un poco de carne a tus huesos, cariño. Dale una

oportunidad a mi estofado. Dicen que soy una de las mejores cocineras del recorrido.

Claudia se sentó y alzó su jarra de cerveza nuevamente. —Tienes que comer algo antes de que nos vayamos.

—No tengo hambre.

Claudia se inclinó hacia delante. —No me importa si tienes hambre o no —le dijo en voz baja—. Harás lo que yo te diga. El cochero dijo que pasaremos otra media hora aquí antes de partir y tardaremos otras tres o cuatro horas hasta llegar a la costa. Después no quiero escucharte lloriqueando de hambre. Esta es tu última oportunidad de comer algo hasta Los Cuatro Vientos.

Sara miró a Claudia, luchando para no llorar. Claudia suspiró pesadamente; luego se acercó a ella y la palmeó con torpeza. “Come un poco, Sara,” le dijo. Obediente, Sara tomó la cuchara y empezó a comer. Mamá había dicho que el viaje se había preparado para ella, pero hasta Claudia actuaba como si la niña fuera una molestia. Era evidente que Mamá la había enviado para deshacerse de ella.

Cuando el coche volvió a partir Sara permaneció callada. Se sentó junto a la ventanilla y miró hacia fuera, con las manos cruzadas sobre la falda y la espalda erguida. Claudia pareció agradecer el silencio y se durmió. Al despertarse, le sonrió a Sara.

“¿Hueles la brisa del mar?” le preguntó. Sara estaba sentada en la misma posición que cuando Claudia se había quedado dormida, pero el rostro polvoriento de la pequeña estaba atravesado por las líneas blancas de las lágrimas que no había podido contener. Claudia la miró con pena y luego se dio vuelta para ver por la ventanilla.

Llegaron al hotel Los Cuatro Vientos poco después del atardecer. Sara se aferró a la mano de Claudia mientras el conductor bajaba sus bolsos. Sara oyó un rugido, como el de un monstruo, y se asustó. —¿Qué es ese ruido, Claudia?

—Es el mar chocando contra las rocas. Majestuoso, ¿no?

Sara pensó que era el sonido más aterrador que había escuchado en su vida. El viento aullaba entre los árboles como una bestia salvaje en busca de una presa, y cuando se abrió la puerta del hotel Los Cuatro Vientos, ella escuchó risotadas y gritos masculinos. Sara se retrajo bruscamente y no quería entrar.

“Cuidado,” le dijo Claudia, empujándola hacia delante. “Toma tu bolso; yo tengo que llevar el mío.”

Sara arrastró su bolso hasta el borde de la puerta. Claudia empujó la puerta con el hombro para abrirla y entró; Sara la siguió, pegada a ella. Claudia miró alrededor de la sala y sonrió. Sara siguió su mirada y vio a un hombre en la barra, pulseando con un marinero musculoso. Un hombre corpulento servía cerveza y de inmediato divisó a Claudia. Se inclinó para darle un codazo al hombre que estaba pulseando y señaló a Claudia con su cabeza. El hombre giró un poco la cabeza, y el marinero, sacando ventaja de su falta de atención, le dobló el brazo contra la barra y dio un grito de triunfo. Sara observó aterrorizada cómo el hombre derrotado se enderezaba rápidamente y golpeaba al marinero en el ojo derecho, haciéndolo caer al piso.

Claudia se rió. Parecía haberse olvidado de Sara, que ahora se escondía detrás de sus faldas. Sara lloriqueó en voz baja cuando el hombre de la barra caminó hasta Claudia y le dio un sonoro beso, ante el griterío de los demás hombres de la sala. Cuando dejó de mirar a Claudia para quedarse boquiabierto observando a Sara, esta creyó que se desmayaría de miedo. Él levantó las cejas. —¿Una bastarda? Por lo linda que es, te habrás trabado amistad con un tipo guapo.

En un momento Claudia recuperó el aliento y se dio cuenta de qué estaba hablando él. —Ay, no. No, Mario, no es mía. Es la hija de la señora para la que trabajo.

—¿Qué está haciendo aquí contigo?

—Es una historia larga y triste que ahora preferiría olvidar.

Mario asintió y le dio una palmadita en la mejilla. —¿Qué te parece la vida de campo? —le preguntó a Claudia sonriendo, pero a Sara no le pareció una sonrisa agradable.

Claudia sacudió la cabeza. —Es tan buena como lo esperaba.

Él se rió y levantó el bolso de Claudia. —Por eso estás de regreso en Los Cuatro Vientos, ¿no? —También tomó el bolso de Sara y sonrió descaradamente, soltando una risotada cuando ella se alejó de él como si se tratara del mismo diablo.

Sara jamás había visto a alguien como Mario. Era enorme y tenía el cabello negro y la barba recortada. Le recordaba a las historias de piratas que Mamá le contaba. Tenía la voz fuerte y profunda y miraba a Claudia como si fuera a comérsela. A ella parecía no importarle. Claudia no le prestaba atención a Sara y cruzó la sala. Sara la siguió, demasiado asustada como para quedarse atrás. Todos la miraban.

—¡Oye, Muñón, sírvele a nuestra Claudia una jarra de cerveza! —le gritó Mario al tabernero canoso que la había recibido guiñándole el ojo y

sonriendo. Mario aferró a Sara por la cintura y la levantó bien alto, dejándola caer pesadamente sobre la barra—. Y un poco de vino rebajado con agua para esta pollita paliducha. —Le acarició la chaqueta de terciopelo—. Tu mamá debe ser rica, ¿verdad?

—Su papá es rico —dijo Claudia—. Y es un hombre casado.

—¡Ah! —Mario le devolvió una gran sonrisa burlona—. Así que así son las cosas. Creí que tenías un trabajo respetable.

—Es respetable. Nadie me mira por encima del hombro.

—¿Saben que trabajaste cinco años como moza en un bar antes de que te vinieran ganas de mejorar tu estilo de vida? —Deslizó su mano por el brazo de Claudia—. Sin mencionar tus trabajitos extra . . .

Claudia le echó una mirada a Sara y luego se quitó de encima la mano de él. —Marisol lo sabe. No es de las que miran despectivamente a los demás. Me agrada.

—¿Se le parece esta pobre criatura?

—Es su vivo retrato.

Mario le dio a Sara una palmadita en la mejilla. —Ojos azules como violetas y el cabello como el de un ángel. Tu madre debe ser tremendamente hermosa si se parece a ti. Me gustaría verla.

Claudia se puso tensa y Sara pensó que se había enojado. Deseaba que Mario la dejara en paz, pero él seguía frotándole la mejilla. Sara quería alejarse todo lo posible de este hombre terrible, con su barba negra, sus ojos oscuros y su sonrisa cruel.

—Déjala en paz, Mario. Ya está bastante asustada como para que tú la molestes. Es la primera vez que está lejos de su mamá.

Él se rió. —Realmente está blanca como un papel. Vamos, chiquilla. Soy inofensivo. Bebe. —Empujó el vaso de vino con agua hacia ella—. ¡Eso es! Un poco de esto y no tendrás miedo de nada. —Volvió a reírse cuando Sara hizo una mueca de disgusto—. ¿Estará acostumbrada a algo mejor?

—No está acostumbrada a nada —dijo Claudia y ahora Sara estaba segura de que se había enojado. A Claudia no le gustaba que Mario le prestara tanta atención a Sara. Miró a la niña, visiblemente fastidiada por la forma en que reaccionaba ante el hombre—. No seas tan cobarde. No está haciendo más que un poco de escándalo. —El viejo Muñón y los otros en el bar se rieron, incluso Mario.

Sara quería bajar de un salto y huir de las voces fuertes, de la risa y de los ojos mirones. Emitió un sollozo de alivio cuando Claudia se estiró para levantarla y bajarla al suelo. La tomó de la mano, llevándola a una mesa. Sara

se mordió el labio al ver que Mario las seguía. Retiró una silla y se sentó. Cada vez que se vaciaban los vasos, él ordenaba más. Hacía bromas y Claudia se reía mucho. En un momento quiso tocarla por debajo de la mesa y Claudia lo apartó. Pero ella sonreía y hablaba cada vez más. Su voz sonaba graciosa, como si las palabras le salieran todas juntas.

Afuera estaba lloviendo y las ramas de los árboles rozaban contra las ventanas. Sara estaba cansada; los párpados le pesaban tanto que apenas podía mantenerlos abiertos.

Mario volvió a levantar su jarra. “La chiquilla está por dormirse.”

Claudia le tocó la cabeza a Sara. “Crúzate de brazos sobre la mesa y duerme un poco.” Sara hizo lo que le dijo, deseando que pudieran irse. Obviamente, Claudia no estaba lista para hacerlo. Parecía estar pasándola muy bien, y siguió mirando a Mario y sonriendo de una manera que Sara nunca le había visto.

—¿Por qué tuviste que traerla a Los Cuatro Vientos? —dijo Mario. Sara mantuvo los ojos cerrados, fingiendo estar dormida.

—Porque su mamá está recibiendo a su fino papá y los dos querían sacarla del medio. —Las palabras de Claudia eran frías—. No hagas eso.

—¿No? —Él rió en voz baja—. Sabes que has venido para eso. ¿Qué les pasa a los campesinos de tu pueblo?

—Nada. Hay uno que quiere que me case con él.

—Vayamos arriba y charlemos sobre por qué volviste aquí.

—¿Y qué se supone que haga con ella? ¡Me enojé tanto cuando Marisol me la encargó!

Las lágrimas se avivaron en los ojos a Sara y se le cerró la garganta. ¿Ya nadie la quería?

—Me parece que será fácil conseguir que alguien se encargue de esta cosita. Alguien tiene que quererla.

—Es lo que le he dicho a Marisol, pero dice que no. Ella confía en mí. Lo único que tiene, cuando no viene su hombre, es a esta niña. Casi lo único que Marisol sabe hacer es mostrarse bonita y tener lindas flores.

—Creí que dijiste que te caía bien.

—Me cae bastante bien, pero cada vez que Su Majestad decide llamar, ¡adivina quién se tiene que hacer cargo de su bastarda! Es agotador tener que cargar con una niña, especialmente con una que no es tuya.

Mario lanzó una carcajada. —Bueno, ¿por qué no nos la sacamos pronto de encima? A lo mejor su mamá y su papá lo consideren como un favor. Tal vez hasta te den un premio.

El corazón de Sara latía con fuerza.

—Eso no es gracioso, Mario. —Claudia lanzó un suspiro pesado, mostrando su enojo—. Mejor la despierto y la llevo a la cama. Ha tenido un largo día. —Le dio un ligero empujón a Sara y la niña miró hacia arriba aliviada. Claudia la tomó de la mano—. Vamos. Nos vamos a la cama ahora. Despidete del señor Mario.

Él sonrió alegremente. —Las acompañaré hasta arriba, señoritas.

Cuando Claudia abrió la puerta de su antigua habitación, Mario la mantuvo entreabierta y entró. Sara miró a Claudia alarmada.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró Claudia acaloradamente—. No puedes entrar aquí conmigo. Ella le contará a su madre y me quedaré sin trabajo.

—Yo me encargaré de eso. —Mario se agachó y le pellizcó la barbilla a Sara—. Si tú le cuentas a alguien que estoy en este cuarto con Claudia, yo te arranco tu pequeña lengua rosadita. ¿Entiendes? —Sara le creyó y asintió con la cabeza. Él apenas sonrió y la soltó. Ella salió corriendo hacia un rincón y se puso en cuclillas, temblando y sintiéndose descompuesta—. ¿Ves? vociferó Mario—. No hay de qué preocuparse. No le diré una palabra a nadie sobre nosotros.

Claudia lo miró asombrada. Parecía molesta y Sara deseó que le dijera a Mario que se marchara.

—Eso fue muy cruel —dijo, mirando a Sara—. Él no lo dijo de verdad, preciosa. Te estaba haciendo una broma. No creas lo que te dice.

—Mejor que lo creas, niña. No estaba bromeando. —Mario atrajo a Claudia hacia él—. ¿Cruel? Cruel es que me rechaces cuando sabes que lo único que quiero es estar contigo.

Ella lo empujó. Él volvió a aferrarla y ella lo esquivó, pero hasta Sara podía darse cuenta de que había hecho un mínimo esfuerzo. ¿Cómo podía permitir Claudia que ese hombre se le acercara?

—Te conozco, Claudia. —Mario mostraba una media sonrisa y le brillaban los ojos—. ¿Para qué hiciste semejante viaje hasta Los Cuatro Vientos? ¿Solamente para volver a ver el mar?

—Lo llevo en la sangre tanto como tú.

Mario la atrapó y le dio un beso. Claudia luchó, intentando alejarlo, pero él la sostenía con fuerza. Cuando ella se relajó, volvió a provocarla diciéndole, —Llevas más que eso en las venas.

—Mario, no. Ella está mirando. . . .

—¿Y qué?

Él volvió a besarla y esta vez ella forcejeó con él. Sara permaneció sentada, helada de miedo. Quizás las mataría a las dos.

—¡No! —dijo Claudia enfurecida—. Vete de aquí. No puedo hacerlo. Se supone que tengo que *cuidarla*.

Él soltó una carcajada. —No sabía que te importaban tanto tus obligaciones. —La soltó, pero a Sara le pareció que Claudia no se alegraba por eso. Parecía que se iba a poner a llorar. Mario sonrió y se volvió hacia Sara—. Ven, chiquilla.

—¿Qué estás haciendo, Mario? —preguntó Claudia cuando Sara se escabulló para huir de él.

—Sacándola del medio. No le pasará nada si se queda un rato sentada en el corredor. Y no digas que no. Te conozco demasiado bien. Además, estará justo del otro lado de la puerta. Nadie la molestará. —Mario arrastró una manta y una almohada de la cama y le hizo una seña a Sara—. No me obligues a que vaya a buscarte.

Sara no se atrevió a desobedecer. Siguió a Mario hasta el pasillo, mirando cómo él arrojaba la frazada y la almohada al oscuro corredor. Algo grande corrió por el vestíbulo y se escondió en las sombras. Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

“Siéntate ahí mismo y no te muevas. Si no te quedas tranquila, te buscaré y te llevaré al mar y te convertiré en comida para los cangrejos, ¿entendiste?”

La boca de Sara estaba seca y no pudo hacer que le saliera ninguna palabra. Sólo asintió con la cabeza.

Claudia salió hacia la puerta. —Mario, no puedo dejarla aquí afuera. Vi una rata.

—Es demasiado pequeña para que las ratas la molesten. Estará bien. —Le palmeó la mejilla—. ¿Verdad? Te quedarás aquí afuera hasta que Claudia venga a buscarte. No te muevas de este lugar hasta que ella te busque.

—S-s-sí, señor —tartamudeó la niña, con la voz ahogada en su garganta.

—¿Lo ves? —Se irguió él y dándose vuelta hacia Claudia la empujó a la habitación, cerrando firmemente la puerta detrás de ellos.

Sara escuchó que Mario hablaba y Claudia lanzaba risitas. Después escuchó otros ruidos y tuvo miedo. Ella quería huir de los ruidos que hacían, pero se acordó de lo que Mario le había dicho que le haría si se movía de ahí. Muerta de miedo, se tapó la cabeza con la manta sucia y se apretó las orejas con las manos.

De pronto, el silencio se hizo pesado. Sara miró furtivamente a lo largo

del pasillo. Sintió que unos ojos la observaban. ¿Y si la rata volvía? El corazón le latía como un tambor; todo el cuerpo se movía a su ritmo. Escuchó unos rasguños y encogió las piernas fuertemente contra su cuerpo, observando en la oscuridad, aterrorizada por lo que se escondía allí.

La puerta hizo un chasquido al abrirse y ella dio un salto. Mario salió. Ella se apretujó, esperando que no la viera. No lo hizo. Se había olvidado de que ella existía. Ni siquiera la miró al caminar por el pasillo y bajar las escaleras. Ahora Claudia vendría a buscarla. Claudia la sacaría de este oscuro pasillo.

Los minutos pasaron; luego una hora y otra.

Claudia no vino a buscarla. Sara esperó enroscada en la manta y apretándose contra la pared, como había esperado a Mamá ese día que Alejandro había venido a verla.

A Claudia le dolía la cabeza cuando se despertó con la luz del sol dándole en el rostro. Había bebido demasiada cerveza la noche anterior y sentía la lengua hinchada. Extendió la mano, pero Mario se había ido. Así era él. No iba a preocuparse por eso ahora. Después de lo de esa noche, no podía negar que la amaba. Necesitaba un café. Se levantó, se lavó la cara y se vistió. Cuando abrió la puerta, vio a la niña encogida en el frío corredor, sus ojos azules con grandes ojeras oscuras.

“¡Ay!” exclamó Claudia débilmente. Había olvidado por completo su responsabilidad. El miedo y la culpa la asaltaron. ¿Qué pasaría si Marisol descubría que ella había dejado a su hija en un pasillo frío durante toda una noche? Levantó a Sara y la llevó dentro de la habitación. Tenía sus manitos frías como el hielo y estaba muy pálida.

—No se lo cuentes a tu mamá —le dijo llorosa—. Será tu culpa si ella me despide. —Se enojó por estar en una situación tan precaria, que su puesto dependiera del silencio de una niña—. ¿Por qué no viniste anoche a la cama, como se suponía que tenías que hacer? Mario te dijo que volvieras aquí cuando se fuera.

—No, no lo hizo. Él dijo que no me moviera hasta que tú vinieras a buscarme —suspiró Sara, empezando a llorar ante el enojo de Claudia.

—¡No mientas! ¡Yo lo escuché! ¡No fue eso lo que dijo!

Sara lloró más aún, confundida y asustada. —Lo siento, Claudia. Lo siento. Perdóname. —Los ojos de la niña estaban agrandados y enrojecidos—. Por favor, no se lo digas a Mario. No dejes que me saque del medio o que me dé como alimento para los cangrejos, como me dijo.

—¡Cállate! Deja de llorar —le dijo Claudia, calmándola—. Llorar no

mejorará las cosas. ¿Alguna vez le ha servido de algo a tu mamá? —Llena de remordimientos, tomó a Sara y la abrazó—. No se lo contaremos a nadie. Será un secreto entre nosotras dos.

Mario no volvió a Los Cuatro Vientos y esa noche Claudia se emborrachó. Acostó temprano a Sara y regresó al bar, esperando que él volviera más tarde. Pero no lo hizo. Ella se quedó un poco más, divirtiéndose con otros hombres y fingiendo que no le importaba. Luego se llevó una botella de ron a su cuarto. Sara estaba sentada en la cama, completamente despierta y con los ojos bien abiertos.

Claudia quería conversar, quería desahogar el mal humor que tenía por culpa de Mario. Lo odiaba porque había vuelto a romperle el corazón. Le había permitido que lo hiciera demasiadas veces en el pasado. ¿Cuándo aprendería a decirle que no? ¿Por qué había vuelto aquí? Debería haber sabido qué iba a suceder; lo mismo que sucedía siempre.

“Voy a decirte la pura verdad, pequeña. Escúchame bien.” Bebió un largo sorbo y se tragó sus lágrimas y su miseria, dando rienda suelta a la amargura y al enojo. “Lo único que quieren los hombres es usarte. Cuando les das tu corazón, lo hacen pedazos.” Bebió un poco más y siguió hablando con dificultad. “No les importa nada. Mira a tu elegante papá. ¿Acaso le importa tu madre? No.”

Sara se escondió debajo de las mantas y se tapó los oídos. “Así que la princesita no quiere escuchar la triste verdad. En fin, peor para ella.” Furiosa, Claudia le quitó las mantas a tirones. Cuando Sara se alejó gateando, Claudia le sujetó las piernas y la arrastró nuevamente hacia la cama.

“¡Siéntate y escúchame!” reprendió a la niña, sacudiéndola. Sara apretó los ojos para mantenerlos cerrados y volteó la cara. “¡Mírame!” Claudia estaba furiosa y no se quedaría satisfecha hasta que la obedeciera.

Sara la miró con los ojos desorbitados de miedo. Temblaba violentamente. Claudia la soltó. “Tu mamá me dijo que te cuidara bien. Pues te cuidaré bien. Voy a decirte toda la verdad. Y tú escucharás y aprenderás.” La soltó y Sara se sentó muy quieta.

Claudia fulminó a la niña con la mirada; se dejó caer en la silla junto a la ventana y bebió otro trago de ron. Señaló con el índice, tratando de mantener la mano firme. “A tu elegante papá no le importa nadie y aún menos tú. Y de tu madre, lo único que le importa es lo que ella está dispuesta a darle. Y ella le da todo. Él aparece cuando le da la gana, la usa y luego se va en su caballo a su elegante casa en la ciudad, con su esposa aristocrática y sus hijos bien educados. ¿Y tu madre? Ella vive esperando la próxima vez que volverá a verlo.”

Observó que Sara retrocedía lentamente hasta quedar fuertemente adherida a la pared descascarada, como si eso pudiera protegerla. Nada podía proteger a una mujer de la fría dureza de los hechos. Claudia se rió tristemente y sacudió la cabeza.

“Es tan dulce y estúpida. Lo espera y se arroja a besarle los pies cada vez que él vuelve. ¿Sabes por qué estuvo alejado durante tanto tiempo? Por tu culpa. No puede soportar la imagen de su propia descendencia. Tu mamá llora y suplica, ¿y de qué le ha servido? Tarde o temprano, él se va a cansar de ella y la va a tirar a la basura. Y a ti junto con ella. Es lo único de lo que puedes estar segura.”

Ahora Sara estaba llorando y secándose las lágrimas de sus mejillas.

“Nadie se preocupa por nadie en este mundo,” dijo Claudia, sintiéndose más triste y huraña a cada instante. “Todos usamos a otros de una u otra manera. Para sentirnos bien, para sentirnos mal. Para no sentir nada. Los más afortunados saben hacerlo bien. Como Mario. Como tu papá rico. El resto sólo conseguimos lo que podemos.”

A Claudia le costaba pensar con claridad. Quería seguir hablando, pero los párpados le pesaban tanto que no podía mantenerlos abiertos. Se hundió un poco más en su silla y apoyó el mentón en su pecho.

Lo único que necesitaba era descansar un minuto. Nada más. Así todo estaría mejor. . . .

Sara observó cómo Claudia seguía hablando entre dientes, hundiéndose más y más en la silla, hasta que se quedó dormida. Durmió ruidosamente, babeando de costado con la boca abierta.

Sara se sentó en la cama arrugada, temiendo y preguntándose si Claudia tenía razón. En lo profundo de su ser, algo le dijo que sí la tenía. Si ella le hubiera importado a su padre, ¿habría deseado que muriera? Si le importara a su madre, ¿la habría enviado tan lejos?

La pura verdad. ¿Cuál era la pura verdad?

Se fueron a la mañana siguiente. Sara ni siquiera le dio un vistazo al mar.

Cuando llegaron a casa, Mamá fingió que todo estaba bien, pero Sara sabía que había ocurrido algo terriblemente malo. Había cajas por todas partes y Mamá estaba empacando sus cosas.

“Iremos a visitar a tu abuela y a tu abuelo,” le dijo Mamá en un tono vivaz, pero su mirada se veía apagada y muerta. “No te conocen.” Mamá le dijo a Claudia que lamentaba tener que despedirla y ella le respondió que no era

problema. Al fin de cuentas, había decidido casarse con Roberto, el carnicero. Mamá le dijo que esperaba que fuera muy feliz y Claudia se marchó.

Sara se despertó a mitad de la noche. Mamá no estaba en la cama, pero podía escucharla. Siguió el sonido de la voz afligida de su madre y llegó hasta el salón. La ventana estaba abierta y se acercó a mirar. ¿Qué estaba haciendo Mamá afuera en el medio de la noche?

La luz de la luna flotaba sobre el jardín florido y Sara vio a su madre arrodillada, vestida con su delgado camisón blanco. Estaba arrancando todas las flores. Un puñado tras otro, tiraba de las plantas y las arrojaba en todas direcciones, llorando y hablando sola. Levantó un cuchillo y volvió a caer de rodillas, junto a sus amados rosales. Los cortó a todos de raíz, hasta el último.

Se echó hacia atrás y sollozó, meciéndose hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, con el cuchillo todavía en la mano.

Sara se encogió sobre el suelo, escondida en la oscuridad del salón, cubriéndose la cabeza con las manos.

Al día siguiente, viajaron en una diligencia y pasaron la noche en una posada. Mamá hablaba muy poco y Sara mantenía su muñeca fuertemente presionada contra su pecho. Había una sola cama en la habitación y Sara durmió feliz en los brazos de su madre. Cuando se despertó por la mañana, Mamá estaba sentada junto a la ventana, haciendo correr entre sus dedos las cuentas del rosario mientras rezaba. Sara escuchaba, sin entender, mientras su madre repetía las mismas frases una y otra vez.

“Perdóname, Jesús. Es mi culpa. Mea culpa, mea culpa . . .”

Viajaron todo el día en otro carruaje y llegaron a un pueblo. Mamá estaba tensa y pálida. Le cepilló el cabello a Sara y le enderezó el sombrero. La tomó de la mano y caminaron largo rato hasta que llegaron a una calle arbolada.

Mamá llegó a una cerca blanca y se detuvo en la puerta.

“Por favor, Señor, por favor, haz que me perdonen,” susurró. “Por favor, Dios.”

Sara miró la casa que tenía ante ella. No era mucho más grande que la cabaña, pero tenía un bonito porche y macetas con flores en los alféizares de las ventanas. Había visillos en todas las ventanas. A Sara le gustó mucho.

Al llegar a la puerta, Mamá respiró profundamente y golpeó. Una mujer abrió la puerta. Era pequeña, canosa y llevaba un vestido cubierto por un delantal. Miró una y otra vez a Mamá y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ay, ay —decía—. Ay . . .

—He vuelto, Madre —dijo Mamá—. Por favor, déjame volver a casa.

—No es tan fácil. Tú sabes que no es tan fácil.

—No tengo otro lugar adonde ir.

La señora miró a Sara. —No tengo que preguntarte si es tu hija —dijo, con una sonrisa triste—. Es hermosa.

—Por favor, Madre.

La señora abrió la puerta y las dejó entrar a una pequeña habitación llena de libros. —Espera aquí, hablaré con tu padre —dijo, y se fue. Mamá se paseó, retorciéndose las manos. Hizo una pausa por un momento y cerró los ojos; sus labios se movían. La señora regresó con el rostro blanco y endurecido, y las mejillas húmedas. “No,” le dijo. Una palabra. Eso fue todo. No.

Mamá dio un paso hacia la puerta y la señora la detuvo. —Él solamente dirá cosas que te lastimarán más.

—¿Más? ¿Cómo podría lastimarme más, Madre?

—Marisol, por favor, no . . .

—Le suplicaré. Me arrodillaré. Le diré que tenía razón. Sí, él tenía razón.

—No resultará. Dijo que para él, su hija está muerta.

Mamá se adelantó igual. —¡No estoy muerta! —La señora hizo un gesto para que Sara se quedara en la sala. Caminó apresuradamente detrás de Mamá, cerrando la puerta tras de sí. Sara esperó, escuchando las voces distantes.

Luego de un rato, Mamá regresó. Tenía el rostro pálido, pero ya no lloraba.

“Vámonos, querida,” le dijo en un tono apagado. “Nos vamos.”

“Marisol,” dijo la señora. “Ay, Marisol . . .” Puso algo en su mano. “Es todo lo que tengo.”

Mamá no dijo nada. Una voz masculina vino desde otra habitación; era una voz enojada, exigente. “Tengo que irme,” agregó la señora. Mamá asintió y se dio media vuelta.

Al llegar al final de la calle arbolada, Marisol abrió la mano y miró el dinero que su madre había puesto en ella. Emitió una risa suave y entrecorrida. Después de un momento, tomó a Sara de la mano y siguió caminando, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Mamá vendió su anillo de rubí y sus perlas. Ella y Sara vivieron en una posada hasta que el dinero se terminó. Mamá vendió su cajita de música y durante un tiempo vivieron bastante cómodas en una pensión barata. Por último, le

pidió a Sara que le devolviera su cisne de cristal y con el dinero que consiguieron por él vivieron un largo tiempo en un hotel venido a menos, hasta que Mamá encontró una choza cercana a los muelles de Nueva York.

Finalmente, Sara conoció el mar. En él flotaba la basura, pero de todas maneras le gustó mucho.

A veces, bajaba y se sentaba en el muelle; le gustaba el olor de la sal y ver los barcos que llegaban repletos de cargamento. Le agradaba el sonido del agua chocando suavemente contra las columnas del muelle y el de las gaviotas que sobrevolaban la costa.

En los muelles había hombres toscos y marineros que venían de todo el mundo. Algunos visitaban su casa y Mamá le pedía a Sara que esperara afuera hasta que se hubieran ido. Nunca se quedaban demasiado tiempo. A veces, le pellizcaban la mejilla y le decían que volverían cuando ella fuera un poco más grande. Algunos decían que ella era más bonita que Mamá, pero Sara sabía que eso no era verdad.

No le agradaban. Mamá se reía cuando venían y actuaba como si estuviera feliz de verlos. Pero cuando se marchaban, lloraba y bebía whisky hasta que se quedaba dormida en la cama desarreglada que había junto a la ventana.

A sus siete años, Sara se preguntaba si, en parte, Claudia no había tenido razón acerca de la pura verdad.

Entonces, vino a vivir con ellas el tío Ramón y las cosas mejoraron. Ya no venían tantos hombres de visita, aunque sí lo hacían cuando al tío Ramón no le quedaban monedas que tintinearan en sus bolsillos. Era grande y aburrido; Mamá lo trataba con cariño. Dormían juntos en la cama al lado de la ventana y Sara tenía un colchón en el piso.

“No es brillante,” decía Mamá, “pero tiene un buen corazón y trata de mantenernos. Son tiempos difíciles, querida, y a veces no puede. Él necesita que Mamá lo ayude.”

Otras veces, lo único que él quería era sentarse afuera, emborracharse y cantar canciones sobre mujeres.

Cuando llovía, Ramón se iba calle abajo a la taberna para estar con sus amigos. Mamá bebía y se quedaba dormida. Para matar el tiempo, Sara buscaba latas y las lavaba hasta que brillaban como la plata. Las colocaba debajo de las goteras del techo. Luego se sentaba en el silencio de la choza mientras la lluvia caía con fuerza y escuchaba la música que producían las gotas al saltar dentro de las latas.

Claudia también había tenido razón acerca del llanto. Llorar no hacía bien.

Mamá lloraba de tal manera que Sara quería poder taparse los oídos y jamás volver a escucharla. Y todo el llanto de Mamá no cambiaba nada.

Cuando los otros niños se burlaban de Sara e insultaban a su madre, la niña los miraba sin abrir la boca. Lo que comentaban era verdad; no se podía discutir. Cuando sentía que las lágrimas le venían, tan calientes que pensaba que iban a quemarla, Sara se las tragaba cada vez más adentro, hasta que se convirtieron en una pequeña piedra en su pecho. Aprendió a mirar de frente a los que la atormentaban, con una sonrisa de fría arrogancia y desdén. Aprendió a aparentar que nada de lo que ellos dijeran podía tocarla. Y a veces se convencía de que era así.

Un invierno, cuando Sara tenía ocho años, Mamá se enfermó. No quiso que la viera un médico; decía que lo único que necesitaba era descansar. Pero seguía empeorando y su respiración era más forzada. “Cuida a mi niñita, Ramón,” le pidió Mamá. Y sonrió como acostumbraba a hacerlo hacía mucho tiempo.

Murió en la mañana, con el primer rayo de sol en su rostro y las cuentas del rosario en sus blancas manos. Ramón lloró violentamente, pero Sara no tenía lágrimas. Dentro de ella, la pesadez parecía demasiado grande para poder soportarla. Cuando Ramón salió por un rato de la choza, Sara se acostó en la cama con su madre y la rodeó con sus brazos.

Mamá estaba fría y tiesa; Sara quería darle calor. Sentía los ojos arenosos y calientes. Los cerró y gimió una y otra vez, “Despierta, Mamá, despierta. Por favor, despierta.” Al darse cuenta de que no lo hacía, Sara no pudo contener las lágrimas. “Quiero irme contigo; llévame a mí también. Dios, por favor, quiero ir con mi mamá.” Lloró hasta quedar exhausta y recién se despertó cuando Ramón la levantó de la cama. Había unos hombres con él.

Sara vio que tenían la intención de llevarse a Mamá y les gritó que la dejaran en paz. Ramón la abrazó con fuerza, casi ahogándola con el olor de su apestosa camisa, mientras los demás comenzaban a envolver a Mamá con una sábana. Sara se quedó callada al ver lo que hacían. Ramón la dejó en libertad y ella se sentó en el piso duro y no se movió.

Los hombres hablaban como si ella no estuviera ahí. Tal vez ya no lo estaba. Tal vez ella era diferente, como decía Mamá.

—Apuesto a que Marisol fue realmente bonita alguna vez —dijo uno, mientras empezaba a coser el sudario que cubría el rostro de Mamá.

—Lo mejor para ella es estar muerta —dijo Ramón, volviendo a llorar—. Al menos ahora no es infeliz. Es libre.

Libre, pensó Sara. Libre de mí. Si yo no hubiera nacido, Mamá viviría en una linda cabaña en el campo, con flores por todas partes, y sería feliz. Estaría viva.

“Esperen un momento,” dijo uno de los hombres, y tomó el rosario de los dedos de Mamá y lo dejó caer en la falda de Sara. “Apuesto a que ella hubiera querido que tú lo tuvieras, encanto.” Terminó de dar las puntadas mientras Sara hacía correr las cuentas con sus dedos fríos y miró a la nada.

Todos se fueron, Mamá con ellos. Sara se sentó un largo rato en soledad, preguntándose si Ramón cumpliría su promesa de cuidarla. Cuando llegó la noche y él no regresó, bajó a los muelles y tiró el rosario a la barcaza de la basura. “¿Para qué sirves tú?” le gritó al cielo.

No llegó respuesta.

Recordó que Mamá había ido a la capilla grande para hablar con el hombre de negro. Él habló por largo tiempo y Mamá lo escuchó con la cabeza inclinada mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Mamá nunca volvió allí, pero a veces pasaba las cuentas del rosario con sus dedos delgados mientras la lluvia caía contra la ventana.

“¿Para qué sirves?” volvió a gritar Sara. “¡Dime!” Un marinero, al pasar, la miró de forma extraña.

Ramón no volvió durante los dos días siguientes y cuando lo hizo, estaba tan borracho que no la recordaba. Ella se sentó de piernas cruzadas con la espalda hacia el fuego, contemplándolo. Estaba sensiblero; las lágrimas le caían por las mejillas barbudas. Cada vez que levantaba por el cuello la botella casi vacía, ella observaba cómo se le movía la nuez de Adán. Después de un rato, se desplomó y comenzó a roncar; el resto del whisky se escurrió por las grietas del piso. Sara lo cubrió con la frazada y se sentó junto a él. “No pasa nada, Ramón. Yo te cuidaré ahora.” Ella no podía hacerlo como Mamá, pero encontraría la manera.

La lluvia martilleaba contra la ventana. Colocó las latas y se aisló de todo excepto del sonido de las gotas cayendo en ellas, produciendo música en el cuarto frío y desolado.

Estaba contenta, se dijo a sí misma, realmente contenta. Nadie vendría a llamar a la puerta, ya no los molestarían más.

A la mañana siguiente, atormentado por la culpa, Ramón volvió a llorar. “Tengo que cumplir la promesa que le hice a Marisol; de otro modo, no descansará en paz.” Mantuvo la cabeza entre sus manos y la miró fijamente con los ojos tristes inyectados en sangre. “¿Qué voy a hacer contigo, niña? Necesito un trago.” Buscó en las repisas y lo único que encontró fue una lata de porotos. La abrió y comió la mitad, dejándole a ella la otra parte. “Saldré un rato a pensar las cosas. Tengo que hablar con unos amigos. Tal vez puedan ayudarnos.”

Sara se acostó en la cama y presionó la almohada de Mamá contra su rostro, consolándose con el perfume persistente de su madre. Esperó que Ramón regresara. Con el paso de las horas, empezó a temblar y sintió un profundo temor.

Hacía frío; estaba nevando. Encendió el fuego y comió los porotos. Tiritando de frío, arrastró una de las frazadas de la cama y se envolvió con ella. Se sentó tan cerca de la chimenea como pudo.

El sol estaba cayendo y el silencio era como de muerte. Todo empezó a detenerse gradualmente dentro de ella y pensó que si cerraba los ojos y se relajaba, podría dejar de respirar y morir. Intentó concentrarse en eso, pero escuchó la voz de un hombre hablando con entusiasmo. Era Ramón.

“Te gustará, lo juro. Es una buena niña. Se parece a Marisol. Es bonita. Realmente linda. E inteligente.”

Se tranquilizó cuando él abrió la puerta. No estaba borracho; tan sólo un poco pasado de copas. Le brillaban los ojos de alegría. Había vuelto a sonreír por primera vez en semanas. “Todo va a estar bien ahora, niña,” le dijo y dejó ingresar al otro hombre en la choza.

El desconocido era fornido como los estibadores del muelle y tenía la mirada dura. La miró y ella retrocedió. “Ponte de pie,” le dijo Ramón, ayudándola. “Este caballero viene a conocerte. Trabaja para un hombre que quiere adoptar a una niñita.”

Sara no sabía de qué hablaba Ramón, pero sí sabía que no le gustaba el hombre que había venido con él. El desconocido se le acercó y ella trató de ocultarse detrás de Ramón, pero este la mantuvo frente a él. El hombre tomó la barbilla de la niña y le levantó el rostro, girándolo de un lado a otro para estudiarla. Cuando la soltó, tomó un puñado de su cabello rubio y lo frotó entre sus dedos.

“Linda,” dijo y sonrió. “Linda de verdad. Esta le gustará.”

A ella le latió aceleradamente el corazón. Levantó la mirada hacia Ramón, pero él no parecía darse cuenta de que algo estaba mal.

—Se parece a su madre —dijo Ramón y se le quebró la voz.

—Está flaca y sucia.

—Somos pobres —justificó Ramón patéticamente.

Sacando algunos billetes de su bolsillo, el hombre separó dos de ellos y se los entregó a Ramón. —Lávala y consigue algo de ropa decente. Luego, llévala aquí. —Le dio una dirección y se fue.

Ramón gritó de alegría. “Las cosas están mejorando para ti, niña,” le dijo sonriendo, tomándola del brazo. “¿Acaso no le prometí a tu mamá que te

cuidaría bien?” La tomó de la mano y la llevó caminando a otra choza a varias cuadras de allí. Una mujer vestida con una bata delgada atendió a su llamado. Su cabello castaño rizado caía sobre los hombros pálidos y tenía ojeras debajo de sus ojos color avellana.

—Necesito que me ayudes, Estela. —Luego de explicarle todo, ella frunció el ceño y se mordió el labio inferior.

—¿Estás seguro de esto, Ramón? No estabas borracho, ¿verdad? De alguna manera no me parece correcto. ¿No te dio un nombre, o algo?

—No se lo pedí, pero conozco a la persona para la que trabaja. Raúl me lo dijo. El caballero que quiere adoptarla tiene tanto dinero como un rey y una carrera política en ascenso.

—Y entonces ¿por qué está buscando en los muelles una hija para adoptar?

—No me importa. Es la mejor opción que tiene y yo le hice una promesa a Marisol. —Su voz temblaba a causa de las lágrimas.

Estela lo miró con pena. —No llores, Ramón. Yo haré que la niña luzca realmente bonita. Ve a tomarte algún trago y regresa más tarde. La tendré preparada. —Él se fue y Estela hurgó en su guardarropa hasta que encontró algo suave y rosado. “Vuelvo enseguida,” dijo, y tomó un balde para llenarlo de agua. Cuando regresó, calentó un poco de agua en una olla. “Ahora, lávate bien. A ningún hombre le gusta una chica sucia.” Sara hizo lo que le dijo, mientras el miedo crecía dentro de ella.

Estela le lavó el cabello con el resto del agua. “Tienes el cabello más hermoso que he visto. Es como un rayo de sol. Y también tienes unos ojos azules preciosos.”

La mujer le acomodó el vestido rosado y le hizo una trenza, atándosela con moños azules. Sara recordó a Mamá haciendo lo mismo cuando vivían en la casa de campo. ¿O acaso lo había soñado? Estela puso maquillaje en las pálidas mejillas de Sara y en sus labios y se los frotó con suavidad. “Estás muy pálida. No tengas miedo, tesoro. ¿Quién le haría daño a un angelito tan dulce como tú?”

Ramón volvió al día siguiente, borracho y sin monedas en los bolsillos. Tenía los ojos muy abiertos y en blanco, llenos de dolor y confusión. —Hola, niña. Supongo que estás preparada, ¿eh?

Sara lo abrazó fuertemente. —No me abandones, Ramón. Quiero quedarme contigo. Sé tú mi padre.

—¿Sí? ¿Y qué voy a hacer con una niña, eh? —Logró soltarse de Sara y la miró con una sonrisa triste—. Ya tengo suficientes problemas.

—No tendrás que hacer nada. Yo puedo cuidarme sola y puedo cuidarte a ti.

—¿Cómo vas a hacer eso? No tienes edad suficiente para ganar dinero. ¿Robarás, como yo? No. Te mudarás con don Forrado de Dinero y vivirás la buena vida. Ahora, vamos.

Caminaron durante largo tiempo. Estaba haciéndose de noche. Sara le temía a las sombras y se aferraba con fuerza a la mano de Ramón. Pasaron por locales llenos de música ruidosa, gritos y canciones. Bajaron por calles arboladas y llenas de casas, casonas elegantes como nunca antes había visto. Las ventanas iluminadas parecían grandes ojos ardientes que la seguían a cada paso que daba. Sara no era de este lugar y ellos lo sabían y querían que se fuera. Temblorosa, se mantuvo pegada a Ramón, mientras él iba pidiendo orientación a otros hombres, mostrándoles el papel arrugado.

A Sara le dolían las piernas y le gruñía el estómago. Ramón se detuvo y levantó la vista hacia una gran casa, flanqueada por otras similares. “¿No es este un lugar magnífico?” Miró la mansión con gran respeto.

No tenía flores. Era de piedra. Fría. Oscura. Sara estaba demasiado cansada como para que le importaran ese tipo de cosas y se sentó al pie de la escalinata, sintiéndose miserable, deseando regresar a la choza junto a los muelles y al aroma del mar que llegaba con la marea.

“Vamos, niña. Un par de escalones más y estarás en casa,” le dijo Ramón, levantándola. Sara miró con temor los grandes leones dorados del portal de la entrada. Ramón tomó el aro que colgaba de sus fauces abiertas y lo hizo sonar contra la puerta. “Qué extravagante,” comentó.

Un hombre de traje oscuro abrió la puerta y le dirigió una mirada desdeñosa a Ramón. Este le entregó el papel antes de que pudiera cerrarle la puerta en la cara. El hombre lo estudió, abriendo luego la puerta lo suficiente para que pudieran pasar. “Por aquí,” dijo con frialdad.

Adentro estaba cálido y había un aroma encantador. Ante Sara se abrió una amplia sala, en la que se extendía una gloriosa alfombra florida sobre un piso de madera brillante. En el techo había luces que brillaban como joyas. Jamás había visto algo tan fino. *El cielo debe ser como esto*, pensó asombrada.

Una mujer de cabello colorado, ojos negros y boca muy pintada vino a recibirlos. Tenía puesto un hermoso vestido negro con abalorios azabache que pendían sobre los hombros y mostraba un generoso escote. Bajó los ojos hacia Sara y frunció levemente el ceño. Le lanzó una mirada rápida a Ramón y volvió a mirar a Sara con más amabilidad. Se inclinó y le tendió la mano. —Me llamo Sandra. ¿Cuál es tu nombre, encanto?

Sara se limitó a mirarla y se ocultó detrás de Ramón.

—Es tímida —dijo Ramón, disculpándose—. Excúsela.

Sandra se irguió y lo miró duramente. —¿Está seguro de que sabe lo que está haciendo, señor?

—Claro que lo sé. Vaya lugar que tiene aquí, señora. No se compara al tugurio donde estábamos viviendo.

—Escaleras arriba, a su derecha —le dijo Sandra con una voz apagada—. La primera puerta a su izquierda. Espere allí. —Antes de que Ramón diera dos pasos, reaccionó y lo detuvo—. A menos que sea inteligente y me haga caso. . . . Váyanse ahora. Llévesela a casa.

—¿Por qué querría hacer eso?

—Después de esta noche, no volverá a verla.

Él se encogió de hombros. —De todas maneras, no es mía. ¿Él está aquí? Me refiero al gran hombre.

—Llegará pronto y usted mantendrá la boca cerrada, si es que tiene algo en la cabeza.

Ramón se dirigió hacia la escalera. Sara quería salir corriendo hacia la puerta, pero él la tenía firmemente agarrada de la mano. Ella miró hacia atrás y vio que la mujer vestida de negro la observaba. La mirada en su rostro era de aflicción.

En el cuarto que había escaleras arriba todo era grande: la cómoda alta de caoba, la chimenea de ladrillos colorados, el escritorio de teca, la cama de hierro. En una esquina había un lavabo de mármol blanco, junto a un toallero de metal pulido, tan fino que realmente parecía de oro. Todas las lámparas tenían abalorios de piedras y las cortinas eran de color rojo vivo. Estaban cerradas para que nadie pudiera ver hacia el interior. Ni hacia afuera.

“Siéntate allí y descansa, niña,” dijo Ramón, palmeándole la espalda y señalando un sillón de orejas. Era exactamente igual al que tenía Mamá en la casa de campo. De pronto, el corazón de Sara comenzó a acelerarse. ¿Podría ser el mismo?

¿Qué pasaba si su padre se había arrepentido? ¿Y si todo este tiempo había estado buscándola a ella y a Mamá, y había descubierto dónde estaban y lo que había ocurrido? ¿Qué si se había arrepentido de todas las cosas terribles que había dicho y la quería, después de todo? Su corazón latía cada vez más rápido hasta que la colmaron la esperanza y los sueños nacidos de la desesperación y el temor.

Ramón se dirigió a una mesa cerca de la ventana. “Mira esto.” Hizo correr sus dedos cariñosamente sobre una colección de botellas de cristal. Le quitó

la tapa a una y olió el líquido ámbar que había dentro. “Ay, mi . . .” Con un suspiro la llevó hasta sus labios y la vertió. Bebiéndose la mitad del contenido, se limpió la boca con el dorso de la manga. “Es lo más cerca que he estado del paraíso.” Le quitó la tapa a otra botella y vertió un poco dentro de la que había bebido. Las levantó para comprobar si estaban iguales, luego las bajó cuidadosamente y colocó las tapas en su lugar.

Ramón abrió el armario y lo revisó, guardándose algo en el bolsillo. Después se dirigió al escritorio y también lo revisó y se guardó algunas cosas más.

Sara escuchó una risa apenas audible. Sus ojos se le cerraban y recostó su cabeza sobre una de las orejas del sillón. ¿Cuándo vendría su padre? Ramón volvió a las botellas de vidrio y bebió de otras dos.

“¿Disfrutando de mi brandy?” dijo una voz profunda y grave.

Sorprendida, Sara miró hacia arriba. Miró con el corazón encogido. No era su padre, en lo más mínimo. Era un señor desconocido, alto y moreno. Los ojos le brillaban y Sara pensó que nunca había visto un rostro tan frío, ni tan guapo. Estaba vestido de negro y llevaba un sombrero elegante.

Ramón colocó la tapa en la licorera de cristal y la puso nuevamente en la bandeja de plata.

“No he probado algo tan exquisito en mucho tiempo,” dijo. Sara se dio cuenta de cómo se le empalidecía el rostro mientras el hombre lo miraba con esos ojos extraños. Ramón se aclaró la garganta y se movió de lugar. Parecía nervioso.

El hombre se sacó el sombrero y lo apoyó sobre el escritorio. Luego se quitó los guantes y los metió dentro del sombrero.

Sara estaba tan fascinada por el hombre que al principio no se dio cuenta del otro que estaba detrás de él. Parpadeó sorprendida. Era el mismo hombre que había venido a los muelles y la había inspeccionado. Volvió a apretarse contra el sillón. El segundo hombre estaba observando a Ramón y sus ojos le recordaron las ratas que habían en el callejón detrás de la choza. Miró al caballero distinguido y lo encontró observándola con una sonrisa leve. Por alguna razón, esa sonrisa no logró que se sintiera mejor. La hizo estremecer. ¿Por qué estaba mirándola de esa forma, como si estuviera hambriento y ella fuera algo que él quisiera comer?

—¿Cómo se llama? —preguntó sin quitarle los ojos de encima.

Ramón abrió un poco la boca y pareció quedar mudo. —No lo sé. —Le brindó una risa intranquila y aturdida, notablemente alcoholizado.

—¿Cómo le decía su madre? —preguntó el hombre lacónicamente.

—“Querida” . . . pero usted puede llamarla como quiera.

El hombre le dedicó una risa corta y falta de humor, y descartó a Ramón con una mirada de desprecio. Estudió a Sara cuidadosamente. Estaba asustada, tan asustada que no pudo moverse cuando el hombre caminó hacia ella. Al detenerse, él volvió a sonreír; sus ojos brillaban de una forma extraña. Sacó un fajo de billetes del bolsillo de su pantalón y quitó el sujetapapeles de oro que los sostenía. Contó algunos y se los dio a Ramón sin siquiera dirigirle la mirada.

Ramón los tomó ávidamente, volviendo a contarlos antes de guardarlos en su bolsillo.

“Gracias, señor. Dios mío, cuando el viejo Raúl me dijo que era usted quien buscaba una hija, no pude creer la suerte de esta chica. Ella no ha tenido mucho hasta ahora, créame.” Siguió con su parloteo, diciendo dos veces el nombre del caballero, demasiado borracho y estúpido como para darse cuenta de que la expresión en el rostro del hombre había cambiado.

Pero Sara lo vio.

Estaba furioso —más que eso. Parecía . . . Sara volvió a estremecerse. No estaba segura de qué se trataba, pero no era algo bueno. Miró a Ramón, sintiendo que el pánico crecía dentro de ella. Él siguió divagando, tratando de adular y engatusar al hombre que seguía de pie ante ella, sin darse cuenta de la sutil señal que estaban cruzando el caballero y el hombre parado detrás de Ramón. Un grito brotó en la garganta de Sara, pero no pudo soltarlo. No lo logró. Su voz estaba congelada de terror, como el resto de su cuerpo. Observaba atemorizada mientras Ramón seguía hablando. No dejó de hacerlo hasta que la cuerda negra pasó alrededor de su cuello. Los ojos se le salieron de las órbitas. Sofocado, arañó su propio cuello, lastimándose hasta sangrar con sus uñas sucias.

Sara se escapó del sillón y corrió hacia la puerta. Giró y tironeó de la manija, tratando de huir, pero la puerta no se abrió. Escuchó que Ramón se ahogaba, dando patadas y peleando mientras hacía esfuerzos por liberarse. Sara golpeó con sus puños la puerta de madera y gritó.

Una mano dura le tapó la boca y la tironeó para alejarla de la puerta. Ella dio algunos puntapiés y golpes intentando luchar, pero no logró nada. El cuerpo del hombre era una roca; él le aferró los brazos y se los apretó fuertemente con una mano, causándole dolor, mientras que con la otra le mantenía la boca tapada.

Ramón estaba quieto.

—Llévatelo —dijo el hombre que la sujetaba, y por un instante pudo

ver a Ramón en el piso, con la cuerda negra todavía alrededor del cuello y el rostro grotescamente distorsionado. El hombre que había ido a la choza soltó la cuerda y volvió a guardársela en el bolsillo. Levantó a Ramón y se lo cargó al hombro.

—Pensarán que estaba borracho.

—Antes de arrojarlo al río, revísale los bolsillos y recupera todo lo que me haya robado —dijo la voz fría.

—Sí, señor.

Sara escuchó que la puerta se abría y se cerraba.

Cuando el hombre la soltó, ella corrió al rincón más alejado de la habitación y se encogió, llena de miedo. Él permaneció de pie en medio del cuarto, mirándola durante un largo tiempo. Luego fue hasta el lavabo de mármol y vertió agua dentro de la palangana de porcelana. Mojó un trapo blanco y caminó hacia la niña. Ella se encogió todo lo que pudo. Él se agachó y tomó el mentón de la pequeña.

“Eres demasiado bonita para maquillarte,” le dijo y comenzó a limpiarle la cara.

Ella se estremeció por su contacto. Miró el lugar en el que Ramón había caído. El hombre volvió a enderezarle el mentón.

“No creo que ese patán borracho haya sido tu padre. No te pareces a él en nada y en tus ojos hay inteligencia.” Terminó de lavarle el rubor de las mejillas y de la boca y tironeó de sus ropas. “Mírame, pequeñita.”

Cuando Sara obedeció, el corazón le latió con fuerza hasta que todo su cuerpo tembló de terror.

El hombre mantuvo con firmeza el rostro de la niña para que no pudiera apartar la mirada. “Mientras que hagas exactamente lo que yo te diga, vamos a llevarnos bien.” Le sonrió ligeramente y le acarició las mejillas, con un brillo extraño en los ojos. “¿Cómo te llamas?”

Ella no podía contestar.

Él le tocaba el cabello, el cuello, el brazo. “No importa. Creo que voy a llamarte Ángela.” Estirándose, la tomó de la mano. “Ahora, ven, Ángela. Tengo cosas para enseñarte.” La levantó y la sentó sobre la cama grande. “Tú puedes llamarme Duque, cuando recuperes la lengua.” Se sacó el abrigo de seda. “Lo harás. Y pronto.” Volvió a sonreír y se quitó la corbata, desabrochándose lentamente la camisa.

Y por la mañana, Sara supo que Claudia le había dicho la pura verdad de todas las cosas.

Desafio

Uno

*Pero la fuerza sola, aunque nacida de las Musas,
Es como un ángel caído: árboles arrancados,
Oscuridad, y gusanos, y sudarios, y sepulcro
La deleitan; porque se alimenta de los abrojos
Y espinas de la vida; olvidando el gran propósito
De la poesía, que debiera ser una amiga
Que alivie las preocupaciones y eleve los pensamientos del hombre.*

KEATS

CALIFORNIA, 1850

Ángela tiró de la cortina de lona hacia atrás para mirar afuera, hacia la calle llena de lodo. El aire frío de la tarde la estremeció; estaba cargado con el hedor del desencanto.

Pair-a-Dice se encontraba ubicada en la veta principal de California. Era el peor lugar que podría haber imaginado, una villa miseria de sueños dorados hechos de velas podridas de barcos abandonados; un campamento habitado por marginados y aristócratas, por los desplazados y los desposeídos, por los anteriormente privilegiados y ahora perdidos. Los bares con techo de lona y los salones de apuestas se alineaban en calles miserables gobernadas por la depravación descarada, la codicia, la soledad y las grandes ilusiones. Pair-a-Dice era el júbilo descontrolado. Unía la oscura desesperación con el temor y el repugnante sabor a fracaso.

Ángela vio en una de las esquinas a un hombre con una sonrisa cínica, predicando la salvación, mientras en la otra, su hermano, con el sombrero en la mano, despojaba a los abandonados de la mano de Dios. A donde dirigiera la mirada había hombres desesperados, exiliados de sus hogares y de sus familias, buscando escapar del purgatorio fraguado por sus propias esperanzas desmoronadas.

Esos mismos tontos la llamaban prostituta y buscaban consuelo donde era más seguro encontrarlo que en ninguna otra parte —en ella. Pagaban fortunas por sus favores —cuatro onzas de polvo de oro— entregados por adelantado a la Duquesa, madama del Palacio, el burdel de campaña donde

vivía. Cualquier visitante que pagara podía tener a Ángela durante media hora. El escaso porcentaje que ella recibía era guardado bajo llave y custodiado por un hombre que odiaba a las mujeres, al que llamaban Magowan. En cuanto al resto, esos tristes desdichados que carecían de dinero para probar sus encantos permanecían de rodillas en el mar de lodo llamado la Calle Principal, esperando tener la oportunidad de echarle un vistazo al “Ángel.” Cada mes le parecía un año en este sitio, no apto para otra cosa que los negocios. ¿Cuándo acabaría esto? ¿Cómo había llegado aquí, a este horrible lugar de mugre y sueños destrozados?

“No más, por ahora,” dijo la Duquesa, acompañando a algunos hombres hasta la puerta. “Sé que han estado esperando, pero Ángela está cansada y ustedes seguramente querrán lo mejor de ella.” Los hombres se quejaban y amenazaban, suplicaban y negociaban, pero la Duquesa sabía cuándo Ángela había llegado al límite de su resistencia. “Necesita descansar. Vuelvan esta noche. Los tragos son invitación de la casa.”

Aliviada de que se hubieran marchado, Ángela dejó caer la cortina de campaña y se dio vuelta para acostarse en la cama desarreglada. Miró desolada el techo de lona. La Duquesa había anunciado esa mañana durante el desayuno que el nuevo edificio estaba casi terminado y que las chicas se mudarían al día siguiente. Ángela estaba ansiosa por tener cuatro paredes que la rodearan. Al menos de esa manera el viento frío de la noche no soplaría sobre ella a través de las grietas en la lona podrida. Cuando pagó el pasaje de un bergantín rumbo a California, no se había detenido a pensar cuánto significaban cuatro paredes. En aquel momento, lo único en que pensó fue en escapar. Sólo había visto la oportunidad de ser libre. El espejismo se desvaneció muy pronto cuando llegó a la pasarela y se dio cuenta de que era una de las tres mujeres en un barco de ciento veinte hombres jóvenes y vigorosos, que sólo tenían en mente vivir una aventura. Inmediatamente, las dos prostitutas de mirada dura se pusieron a trabajar, pero Ángela intentó quedarse en su camarote. Al cabo de quince días, vio claramente que tenía apenas dos alternativas —volver a ser una prostituta o ser violada. Y de todas maneras, ¿qué más daba? ¿Qué otra cosa conocía? Además, era posible que se forrara los bolsillos de oro, como las otras. Quizás, sólo quizás, con el suficiente dinero, podría comprar su libertad.

Sobrevivió a los mares tempestuosos, al sabor asqueroso del puchero de mariscos y a la sopa de bacalao y vegetales, a los cuartos apretujados y a la falta de dignidad y decencia, con la esperanza de ganar suficiente dinero antes de llegar a las costas de California para poder empezar una vida nueva. Entonces, en medio del entusiasmo de llegar a tierra, recibió el golpe final.

Las otras dos prostitutas le dieron una paliza en su camarote. Cuando recuperó la consciencia, ellas habían desembarcado con el dinero que le habían robado y todas sus pertenencias. Lo único que le habían dejado era la ropa que tenía puesta. Lo peor fue que ningún marinero se molestó en llevarla hasta tierra firme.

Golpeada y entumecida por la confusión, estuvo dos días acurrucada en la proa del barco hasta que llegaron los mendigos. Cuando terminaron de sacar lo que querían del barco abandonado y de ella, la llevaron al muelle. Llovía fuerte y, mientras peleaban y se repartían el botín, ella simplemente se marchó.

Vagó durante varios días, ocultando su rostro debajo de una manta sucia que le había dado uno de los hombres. Estaba hambrienta, tenía frío y se sentía resignada. La libertad era un sueño.

Se ganó la vida trabajando en la plaza Portsmouth hasta que la Duquesa, una mujer que ya no estaba en el apogeo de su belleza, pero dotada de una mente hábil para los negocios, la encontró y le habló por primera vez del país del oro.

“Tengo otras cuatro chicas —una francesita de París, una geisha y dos chicas que parecen recién salidas de un barco de papas de Irlanda. Necesitan comer un poco para engordar. Ah, pero ahora, *tú*. La primera vez que te vi, pensé, ‘*Aquí* hay una chica que puede enriquecerse si se la maneja adecuadamente.’ Allá, en los campamentos de buscadores de oro, una chica con tu belleza podría hacer una fortuna. Esos mineros jóvenes sacarán el oro del arroyo y se pelearán entre sí para ponerlo en tus manos.”

Con el acuerdo de que Ángela le cedería 80 por ciento de sus ganancias, la Duquesa prometió que la protegería de todo peligro. “Y me ocuparé de que tengas los mejores vestidos, la mejor comida y alojamiento a tu disposición.”

La ironía le pareció graciosa. Ángela había huido del Duque y había caído en manos de la Duquesa. Así era su suerte.

A pesar de su aparente bondad, la Duquesa era una tirana codiciosa. Ángela sabía que cobraba sobornos para arreglar los sorteos, pero ni una pizca de ese polvo de oro iba a parar a las billeteras de las chicas. De acuerdo al trato original, se repartían las propinas que los clientes dejaban por los servicios bien realizados. Cierta vez, Mai Ling, la geisha china vendida como esclava, intentó esconder su oro y la Duquesa le encargó a Magowan, el de la sonrisa cruel y las manos grandes como jamones, que tuviera una “charla” con ella.

Ángela odiaba su vida, a la Duquesa y a Magowan. Odiaba su desdichado desamparo. Pero sobre todas las cosas, odiaba a los hombres por su incesante

búsqueda de placer. Les entregaba su cuerpo, pero ni una partícula más. Tal vez no hubiera nada más. No lo sabía. Y eso no parecía importarle a ninguno de ellos. Lo único que veían era su belleza, un velo inmaculado que envolvía un corazón helado, y quedaban cautivados. Miraban dentro de sus ojos de ángel y se perdían en ellos.

Ella no se dejaba engañar por sus interminables declaraciones de amor. La querían de la misma manera que querían el oro de los arroyos. La deseaban con lujuria. Se peleaban por tener la oportunidad de estar con ella. Se esmeraban, forcejeaban y se arrebataban, y todo lo que lograban lo gastaban sin pensar y sin cuidado. Pagaban para ser esclavizados. Ella les daba lo que creían que era el cielo, pero eso los arrojaba al infierno.

¿Qué más daba? A ella no le quedaba nada. Y tampoco le importaba. Aún más fuerte que el odio que la dominaba era el agotamiento que le secaba el alma. A la edad de dieciocho años, estaba cansada de vivir y de resignarse ante el hecho de que nada cambiaría. Hasta se preguntaba por qué había nacido. Para esto, suponía. Tómalo o déjalo. La pura verdad. Y la única manera de dejarlo era suicidarse. Cada vez que se había enfrentado a la realidad, en cada oportunidad que había tenido, le había faltado coraje.

Su única amiga era una prostituta vieja y vencida llamada Fortunata, que estaba engordando notablemente por su afición al whisky. Fortunata no sabía de dónde era Ángela, dónde había estado o qué le había sucedido para ser lo que era. Las otras prostitutas pensaban que era invulnerable. Todas se hacían preguntas sobre ella, pero nunca se las expresaban. Desde el primer momento, Ángela había dejado perfectamente claro que el pasado era un terreno sagrado sobre el que nadie podía caminar. Excepto Fortunata, la estúpida y borracha Fortunata, a quien Ángela le guardaba cierto cariño.

Fortunata pasaba su tiempo libre entre copas.

—Tienes que tener planes, Ángela. Tienes que guardar alguna esperanza en este mundo.

—¿Esperanza en qué?

—Sin esperanza no podrás soportarlo.

—Puedo hacerlo.

—¿Cómo?

—No miro atrás, no miro hacia el futuro.

—¿Qué pasa con el *presente*? Tienes que pensar en el presente, Ángela.

Ángela sonrió débilmente y peinó su largo cabello dorado. —El presente no existe.

UNA NOTA DE FRANCINE RIVERS

Por qué escribí *Amor Redentor*

Muchos cristianos nacidos de nuevo hablan de una única experiencia de conversión que cambió para siempre sus vidas. Pueden señalar el día y la hora en que tomaron la decisión de vivir para el Señor. Yo no lo puedo hacer.

Crecí en un hogar cristiano. Asistí a la escuela dominical y a campamentos de iglesia. Cuando me tocaba llenar algún formulario en el que se preguntaba a qué religión pertenecía, marcaba el casillero de “Protestante.” Sin embargo, para mí, la verdadera conversión vino lentamente —como el paso de las estaciones— y con un poder que todavía me mueve a la humildad.

No entraré en detalles sobre los errores que cometí. Basta decir que me sentía agobiada y con el alma hambrienta, lo mismo que mi esposo, Rick. Ambos reuníamos tanta carga como para hundir un matrimonio si Dios no hubiera tenido otras intenciones.

Escribir era mi manera de huir del mundo y los tiempos difíciles. Era el aspecto de mi vida donde yo creía (equivocadamente) que tenía todo el control. Podía crear personajes y relatos a mi gusto. Escribía romances para el público secular y los leía con voracidad.

En una oportunidad Rick me dijo, “Si tuvieras que elegir entre los niños y yo y escribir, elegirías escribir.” En la época que lo dijo, era tristemente cierto. Con frecuencia me figuraba cuánto más sencillo sería vivir por mi cuenta, en una cabaña apartada de todos, con una máquina de escribir eléctrica como única compañía.

Con el tiempo, Rick y yo decidimos que teníamos que hacer algunos cambios en nuestra vida. Nunca hemos hecho cosas a medias, de manera que vendimos nuestra casa, regalamos gran parte de nuestros muebles y nos mudamos al norte, al condado de Sonoma, para comenzar otro negocio. Como podrán observar, eran todos cambios externos, no los internos, del alma. Aunque la empresa floreció, nuestro matrimonio se estaba desintegrando.

No obstante, puedo mirar atrás y ver que Dios mostró su amor y su cuidado hacia nosotros, incluso en los peores momentos. Constantemente nos extendía sus brazos diciéndonos, “Vengan a mí.” Un mensaje así vino por medio de un niño que vivía en la casa vecina. Acabábamos de llegar con nuestro furgón y estábamos descargando cajas en la pequeña casa alquilada

en Sebastopol cuando el pequeño Eric se acercó a saludarnos y se ofreció a ayudar. “¡Tengo una iglesia para ustedes!” dijo, y Rick y yo nos miramos de reojo, deseando que se fuera a molestar a otra parte.

De pura curiosidad, algunas semanas después visité la iglesia de Eric. Después de todo, no había encontrado paz en ninguna otra cosa. Bueno, ¡nuestro pequeño vecino estaba en lo cierto! La calidez y el amor que sentí en la congregación me atrajeron desde el primer momento. Oí predicar la Palabra de Dios; sentí la verdad y el amor de Dios en acción a mi alrededor. Muchas iglesias parecen ser simples museos de cristianos de plástico, o predicar la realización desde el punto de vista humano —un “evangelio de la prosperidad.” Esta iglesia era diferente. Era un hospital para pecadores arrepentidos; su único programa para la vida era la Biblia, que todos llevaban y lo más sorprendente de todo, ¡la leían! La iglesia no estaba vinculada a ninguna organización. Se llamaban a sí mismos “cristianos” y decían que vivir según el ejemplo de Cristo era un proceso de toda la vida.

Comencé a llevar a los niños conmigo a la iglesia. Luego comenzó a venir Rick. Nuestra vida comenzó a cambiar, no en lo exterior, sino desde adentro. Todos fuimos bautizados por inmersión, no simplemente en agua, sino en el Espíritu. No ocurrió rápidamente, y todavía tenemos luchas, pero pertenecemos al Señor y él nos está modelando y formando según su voluntad.

Creo que todos servimos a alguien en esta vida. Durante los primeros treinta y ocho años de la mía, yo me serví a mí misma. Mi conversión no fue una experiencia fuertemente emocional. Fue una decisión consciente, pensada, que me cambió el enfoque, la dirección, el corazón y la vida. Pero no quiero que me entiendan mal. Lo que siguió no fue todo paz y luz. Lo primero que ocurrió fue que no podía escribir. Lo intentaba, pero no me satisfacía. Sencillamente ya no funcionaba. No podía volver a escaparme en la escritura. Me había entregado al Señor y él tenía otra cosa en mente. Finalmente acepté que tal vez no estaba en su propósito que yo volviera a escribir. Y me rendí. Lo que llegué a comprender fue que él quería que lo conociera primero. No quería otros dioses en mi vida. Ni mi familia, ni mis libros, ni nada.

Comencé a tener ansias de la Palabra de Dios. Leí página tras página de tapa a tapa, de tapa a tapa, de tapa a tapa. Comencé a orar. Comencé a escuchar y a aprender. La Palabra de Dios es como alimento, como agua limpia y pura. Llenó el vacío que tenía en mi interior. Me renovó. Abrió mis ojos y mis oídos y mi mente y mi corazón y me llenó de gozo.

Abrimos nuestra casa para un estudio bíblico y nuestro pastor comenzó un estudio de los Evangelios. Luego hicimos un estudio sobre el materia-

lismo. Más adelante comenzamos un estudio sobre los profetas menores. Con el tiempo llegamos al profeta Oseas. Esa parte de la Palabra de Dios me impactó tan profundamente que supe que ¡esa era la historia de amor que Dios quería que escribiera! La historia, una historia profundamente conmovedora de su apasionado amor por cada uno de nosotros —incondicional, perdonador, inalterable, permanente, abnegado— la clase de amor que la mayoría de las personas ansían desesperadamente toda su vida, pero que nunca encuentran.

Escribir *Amor Redentor* fue para mí como un acto de adoración. Por medio de eso pude agradecer a Dios por amarme a pesar de que yo era rebelde, desafiante, despectiva de aquello que yo pensaba que significaba ser cristiano, y temerosa de entregar mi corazón. Había querido ser mi propio dios y tener el control de mi vida tal como lo hizo Eva en el jardín del Edén. Ahora entendí que ser amada por Cristo es el máximo gozo y la verdadera plenitud. Todo en *Amor Redentor* fue un don de Dios: el argumento, los personajes, los recursos. No pudo reclamar como propio nada de él.

Muchas personas luchan por sobrevivir en la vida. Muchas que han sido usadas y abusadas en nombre del amor, muchas que han sido sacrificadas en los altares del placer y la “libertad.” Pero la libertad que el mundo ofrece es, en realidad, falsa. Demasiadas personas han despertado un día para descubrir que son esclavas y no tienen la menor idea cómo escapar. Es para estas personas que he escrito *Amor Redentor*: personas que luchan, como lo hice yo, para ser sus propios dioses, sólo para encontrar al final que están perdidas, desesperadas y terriblemente solas. Quiero acercar la verdad a aquellos que están atrapados en mentiras y oscuridad, decirles que Dios está ahí, que es real, y que los ama, no importa lo que pase.

Solía pensar que el propósito de la vida es hallar la felicidad. Ya no lo creo. Creo que todos hemos recibido dones de nuestro Padre y que nuestro propósito es ofrecérselos a él. Él sabe cómo quiere que los usemos. Luchaba por encontrar la felicidad. Me esforzaba para obtenerla. Según los criterios humanos, tenía éxito. Pero era todo vanidad. Ahora tengo gozo. Tengo todo lo que jamás anhelé o soñé tener: un amor que es tan precioso que no tengo palabras para describirlo. No lo he conseguido por mis propios esfuerzos. No hice nada digno para ganarlo y mucho menos para merecerlo. Lo recibí como un regalo del Señor, el Dios eterno. Es el mismo regalo que te ofrece a ti, cada minuto, cada hora, cada día de tu vida.

Espero que esta historia te ayude a ver quién es Jesús y cuánto te ama. Y que el Señor te atraiga hacia él.

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado la novela *Amor Redentor* de Francine Rivers. Esta eterna historia de amor entre Dios y el hombre nos recuerda el profundo vacío en nuestro interior que clama para ser llenado con un amor redentor incondicional. Como siempre, es el deseo de Francine Rivers que el lector encuentre las respuestas a las increíbles circunstancias de la vida en la Palabra de Dios por medio de una relación personal con él. La siguiente guía de estudio está destinada a estimular tu apetito y a animarte en tu viaje. En cada lección hay tres secciones:

DEBATE: El relato y los personajes

DESCUBRIMIENTOS: Los principios y el carácter de Dios

DECISIONES: La reflexión sobre los personajes y uno mismo

En Romanos 8:28 leemos: “Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.” Ángela finalmente reconoció el llamado de Dios en su vida y descubrió el bien que tenía para ella. Sara y Miguel aprendieron a enfrentar la vida por medio de su confianza en la fidelidad de Dios y en su amor inquebrantable. Es mi deseo que puedas descubrir el llamado de Dios en tu vida y encontrar el gozo y el bien que Dios tiene para ti. Que Dios te bendiga en tu búsqueda de las respuestas para la vida en su palabra.

Peggy Lynch

Rechazo

*[Jesús fue] despreciado y rechazado por los hombres,
varón de dolores, hecho para el sufrimiento. Todos evitaban mirarlo;
fue despreciado y no lo estimamos.*

ISAÍAS 53:3

DEBATE

1. ¿Cómo fue rechazada y traicionada Sara/Ángela? ¿Cuáles fueron sus primeras experiencias con Dios y/o la iglesia?
2. ¿Qué experiencia tuvo Miguel con el rechazo y la traición? Compare los ejemplos de Miguel y Ángela en la forma que enfrentaron las circunstancias de la vida.
3. ¿Quiénes más en la historia sufrieron el rechazo y la traición y cómo lo enfrentaron?
4. ¿Con qué personaje te identificas más y por qué?
5. Describe una oportunidad en que fuiste rechazado y traicionado. ¿En quién buscaste apoyo y por qué?

DESCUBRIMIENTOS

*Mis huesos no te fueron desconocidos cuando en lo más recóndito era
yo formado, cuando en lo más profundo de la tierra era yo entretejido.
Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro;
todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos.
¡Cuán preciosos, oh Dios, me son tus pensamientos!*

SALMO 139:15-17

1. ¿Dónde estaba Dios cuando tú naciste? ¿Cómo te hace sentir eso? ¿Qué más aprendemos de Dios en estos versículos?